

UNIVERSIDAD CATÓLICA BLAS CAÑAS
DIRECCIÓN DE INVESTIGACION Y EXTENSIÓN
SERIE DE INVESTIGACIONES Nº 13

**CULTURA Y UNIVERSIDAD EN EL
PENSAMIENTO DEL CARDENAL
RAÚL SILVA HENRÍQUEZ**

UN ENSAYO DE INTERPRETACION

Miguel Alvarado Borgoño

1997

UNIVERSIDAD CATÓLICA BLAS CAÑAS
DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN Y EXTENSIÓN

SERIE DE INVESTIGACIONES / N° 13

ISSN: 0717-1330
Inscripción: N° 101.378

Esta Investigación, financiada por la Universidad Católica Blas Cañas, es el resultado de un Proyecto elegido en concurso interno, mediante la evaluación de dos pares expertos y seleccionada por una Comisión Académica de la más alta jerarquía presidida por el Sr. Vicerrector Académico e integrada por el cuerpo de Decanos de la Universidad.

Santiago, Chile
1997

PRESENTACIÓN

La Universidad Católica Blas Cañas fundada en 1990, heredera del Instituto Superior del mismo nombre, tiene como finalidad la búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a través de la docencia, la extensión y la investigación; consecuente con esta última convoca anualmente a sus académicos a concursos de proyectos de investigación.

En esta oportunidad la Universidad tiene el agrado de poner a disposición de académicos, estudiantes y la opinión pública interesada en el pensamiento y obra del Cardenal Raúl Silva Henríquez, una reflexión sobre su concepto de cultura y Universidad en la perspectiva de un aporte al diálogo entre fe y razón.

En este trabajo, el profesor Alvarado ofrece un análisis interpretativo sobre las transformaciones ocurridas en la sociedad latinoamericana y el modo en que éstas han incidido en la visión de la Iglesia; en torno a sí misma y su contexto socio cultural. Consecuente con su formación antropológica, el autor ofrece una lectura de la realidad asumiendo a la Iglesia como generadora y objeto del cambio cultural. El eje sobre el cual gira la reflexión sostiene que, el análisis presente en la Doctrina Social de la Iglesia experimenta una variación que va desde, un análisis de la realidad centrado en las estructuras sociales hacia otro centrado en los valores culturales.

El pensamiento y acción del Cardenal Silva Henríquez resultan ser claramente una expresión de este giro analítico, sus repercusiones en el ámbito de la cultura y el aporte de la Universidad a la sociedad; se pasa de una Universidad centrada en ser agente de modificación de las estructuras sociales hacia otra, que la percibe como agente primordial en la Evangelización de la cultura.

Con esta obra estamos cumpliendo uno de los requisitos básicos del ser Universidad; posibilitar el trabajo creativo, innovador, de reflexión de su cuerpo académico, en particular con este tema que invita a reflexionar sobre el quehacer de esta casa de estudios superiores y su aporte a la sociedad.

PRÓLOGO

Con mucho gusto y gratitud acepto el pedido que me hace el Prof. Miguel Alvarado, Director del Departamento de Ciencias Sociales de nuestra Universidad Católica de Temuco, de anteponer algunas palabras al ensayo de interpretación que ha propuesto sobre el pensamiento del Cardenal Raúl Silva Henríquez. Naturalmente, él sabía, al pedírmelo que yo no podía negarme a algo que podría contribuir a evocar y justipreciar la relevancia que tuvo la figura de Don Raúl en forma especial durante su desempeño como Cardenal Arzobispo de Santiago.

Este ensayo de interpretación –como estas palabras de presentación– están inspiradas en una cariñosa admiración a la tan querida personalidad de Don Raúl, próximo en estos días, a cumplir los noventa años. Don Raúl habló mucho y en muy diversas ocasiones durante su larga vida de pastor. Todos recordamos el vigor de su palabra que resonaba muy fuerte bajo las bóvedas doradas y pintadas de la Catedral. Energía, convicción, pasión, animaron sus palabras tantas veces, expresando el temple caracteriológico del prelado. Pero de pronto su voz se suavizaba tanto como para emplear los otros registros de los sentimientos que también había en su rica personalidad. Ahora, en la paz y la sabiduría de la ancianidad del que se ha acercado tanto a Dios, puede hacer suyo el salmo 131:

*Señor, no es orgulloso mi corazón
ni son altaneros mis ojos
ni voy tras cosas grandes y extraordinarias
que están fuera de mi alcance.*

*Al contrario estoy callado y tranquilo,
como un niño recién amamantado
que está en brazos de su madre.*

Don Raúl no hizo propiamente una carrera universitaria, pero se graduó de abogado muy joven y dirigió después los estudios eclesiásticos

de los seminaristas salesianos durante muchos años. Fue más bien su experiencia y competencia en obras caritativas las que llevaron a la Santa Sede a promoverlo al Obispado de Valparaíso primero y dos años después al Arzobispado de Santiago. Esta designación –en ese tiempo tan crucial y debatida– apareció como la de Juan XXIII a modo de una sorpresiva transacción. En ambos casos se dió otra cosa que lo previsto.

En el ejercicio de este cargo, Don Raúl se vió llevado a intervenir en el delicado problema de la Universidad Católica Pontificia en 1967. La juventud efervescente de entonces, animosa para ir siempre más lejos en el camino de la búsqueda de cambios, sensible a los vientos revolucionarios que soplaban sobre el país y sobre América Latina, emprendió una movilización “*por los cambios*”. Entre las medidas inmediatas que tomó la misma Santa Sede, estuvo el nombramiento de Don Raúl como Gran Canciller, que le correspondía en propiedad y era detentado hasta entonces, por el Rector saliente y Arzobispo de Concepción. Don Raúl participó en el Claustro Universitario General, que contribuyó a estabilizar la situación interna de un modo equilibrado y atendiendo a las consultas y elecciones abiertas entre los estamentos. Su discurso en ese Claustro, que el autor cita en este ensayo, fue una maciza lección académica y pastoral. Es innegable que en los años siguientes, la Universidad experimentó pasos significativos en calidad académica, creación de unidades, reorganización y ampliación, atención a la realidad social, económica y cultural. Se ampliaron jornadas completas toleradas por el estilo algo artesanal y abnegado practicado por el régimen precedente.

Historia tan “*compleja*”, como la misma Universidad gusta en considerarse a sí misma últimamente, es la que siguió desarrollándose después, atravesando gobiernos de diferentes signos, con los que se acomodó sabiamente. Pero ya es tiempo que nos demos cuenta que las dos palabras anunciadas están dichas con creces y que dejemos al lector introducido, seguir abriendo las páginas de este interesante estudio.

JORGE HOURTON POISSON

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO PRIMERO. UNA PUESTA EN CONTEXTO	12
1.1. Una puesta en contexto	12
1.2. Testimonio y Universidad. El sentido de un camino	14
1.3. Justicia social y Universidad Católica	17
1.4. El tema de la catolicidad de la Universidad	21
1.5. La Universidad Católica en el contexto de nuestros cambios culturales	25
1.6. La Universidad Católica como tradición	28
1.7. Opciones frente al conocer y Universidad Católica	31
1.8. El pensamiento católico como especificidad y como camino para la institución universitaria	34
CAPÍTULO SEGUNDO. LAS FUENTES DEL PENSAMIENTO DEL CARDENAL PARA SU VISION DE LA CULTURA Y LA UNIVERSIDAD	39
2.1. La larga búsqueda de un lenguaje para comprender	39
2.2. Doctrina Social de la Iglesia y Cultura: La Doctrina Social como sistema autónomo	45
2.3. La inclusión del concepto de cultura en la Doctrina Social Latinoamericana actual	48
2.4. Educación y Cultura en la Doctrina Social: La educación como espacio de evangelización de la cultura	54
2.5. Evangelizar la cultura desde la educación y de cara a la realidad social	60

2.6. Habitus y Educación Católica	64
2.7. El Concilio como acto de creación	66
2.7.1. La tolerancia hacia la modernidad como expresión concreta de amor al hombre	67
2.7.2. El espíritu de cambio de los Padres del Concilio como voluntad colectiva	68
2.7.3. Una evangelización centrada en el hombre	69
2.8. Transformar el análisis desde la misma fidelidad	71
 CAPÍTULO TERCERO. EL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ IMPULSOR DE LA CULTURA Y DEFENSOR DE LA INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA	 73
 CAPÍTULO CUARTO. LA UNIVERSIDAD FRENTE A LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS. Definir la Universidad “para” el cambio y “desde” la fe	 89
4.1. Haciendo Universidad. Lo planteado en algunos textos	89
4.2. Las bases de su visión de la Universidad	99
4.3. Hacia una síntesis	102
 CONCLUSIONES	 104
 RECOMENDACIONES PARA LA ACCIÓN DE NUESTRA UNIVERSIDAD DESDE EL PENSAMIENTO DEL CARDENAL	 110

Agradecimientos:

*El autor agradece la colaboración
prestada por Monseñor Jorge Hourton,
la antropóloga Layla Harcha y al
ayudante César Faúndez*

A Camilita...

INTRODUCCIÓN

Es desde la inquietud planteada por numerosos académicos de nuestra universidad, en el sentido de rescatar y dar a conocer el papel preponderante asumido por el Cardenal Raúl Silva Henríquez en la defensa de la institución universitaria católica, sobre todo en el contexto de la dictadura militar, que el presente estudio se ha definido. Esperamos, por lo tanto, ser coherentes interpretando este pensamiento en la perspectiva de una institución privada que a fines de siglo se empeña en hacer vida la enseñanza del Cardenal.

Intentamos fundamentalmente dar un testimonio de gratitud a quien ha preservado los grandes valores de la Universidad en nuestro país y que al mismo tiempo fue capaz de repensar esta institución para desarrollar una praxis atingente a los signos de los tiempos, signos que se van presentando bajo la forma de los grandes cambios culturales que a nuestra sociedad le ha tocado vivir.

Es así como, puestos en la tarea de presentar la visión que de la Universidad tiene el Cardenal Silva Henríquez, el esfuerzo se emprendió básicamente desde el rastreo a nivel histórico del concepto de Cultura y la misión que se le otorga a la institución universitaria, al interior del pensamiento del Cardenal; todo lo cual se presenta en el contexto de los procesos histórico-culturales en los cuales Monseñor Silva ha estado inserto, siendo de muchos de ellos un actor preponderante desde la primera mitad de este siglo.

Lo anterior se logró a través de la identificación de estos temas en su pensamiento, por medio del análisis de contenido de los escritos del Cardenal y ocasionalmente por medio de entrevistas.

Se trató, sobre todo, de destacar las reformulaciones que su visión ha sufrido respecto del uso del concepto de Cultura y la relación de este concepto, al interior de su pensamiento, con las visiones que ha ido perfilando en torno a la institución universitaria a través del tiempo.

Se buscó también conocer el vínculo que el Cardenal Silva establece entre cambio cultural, cambio social y Universidad en su obra, intentando, paralelamente, reconocer las fuentes, dentro del pensamiento católico latinoamericano y a nivel internacional, desde donde se ha nutrido para establecer el vínculo entre evangelización de la cultura y misión de la Universidad.

En función de lo anterior, podemos plantear que la hipótesis de base del presente estudio está dada por nuestra convicción respecto a que la visión sostenida por el Cardenal Raúl Silva Henríquez en torno al vínculo entre Cultura y Universidad, desde los inicios de su acción como sacerdote y luego como obispo, está directamente relacionada con las transformaciones de la Iglesia chilena y latinoamericana en lo que respecta a la percepción que ésta va conformando en relación a los lazos entre cambio social y cultura.

Vemos emerger este camino desde una visión centrada en la dinámica de los procesos sociales que identificaba a la Universidad como un instrumento de promoción social, a través del logro del desarrollo socio-económico equitativo, hacia otra visión centrada en la Universidad como agente evangelizador de la Cultura.

Esta visión, a nuestro entender, caracteriza a la Universidad como una instancia de inculturación de los valores católicos en el actual contexto latinoamericano de redemocratización.

Para el desarrollo del estudio se aportará tanto evidencia histórica como sistematización conceptual proveniente del aporte metodológico y teórico de las ciencias sociales, intentándose así llegar a un tipo

de reflexión, que por su carácter contingente y sus profundas implicancias para nuestra propia universidad, siempre poseerán un perfil de tipo preliminar.

Desde nuestra perspectiva, solamente la historia de la obra universitaria del Cardenal vista con la perspectiva de los años nos entregará una visión completa de ese profundo “saber práctico” que operó en la acción universitaria de este Cardenal que con justicia, en el discurso que quizás reinauguró la democracia chilena, el entonces recién asumido Presidente de la República Don Patricio Aylwin llamó “aquel santo varón a quien la patria tanto debe”.

El camino seguido para cumplir estos objetivos fue largo, y en su desarrollo siempre estuvo cercano el temor a no ser fiel al real sentido de una reflexión que posee una proyección práctica tan concreta. Sólo el reconocimiento de un estilo o habitus de “lo universitario”, el cual tuvo como base la fe, nos permitió asumir el modo en que el amor simultáneo a la Iglesia y a la Cultura definieron una “perspectiva” en la obra del Cardenal, sin la cual la institución universitaria en nuestro país no sería la misma.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA PUESTA EN CONTEXTO

1.1. UNA PUESTA EN CONTEXTO

A nivel macro, nuestro intento fundamental es rescatar el particular aporte del pensamiento del Cardenal Raúl Silva Henríquez en torno a la misión y el sentido de la institución universitaria, en la relación que ésta tendría, al interior de su pensamiento, con la Cultura y el cambio cultural y con el curso histórico de la sociedad chilena y latinoamericana.

Para el logro de lo anterior nos ha sido imprescindible considerar nuestras vivencias como universitarios católicos, ya que sin duda uno de los grandes desafíos que nuestra universidad debe pensar hoy, es el edificar una identidad que sea coherente con su historia y con los valores que motivaron su fundación.

En este sentido, es por todos conocida la destacada participación que al Cardenal le correspondió en el origen y desarrollo de nuestra institución, debido a lo cual identificar los elementos fundamentales de su pensamiento contribuirá a definir no sólo nuestro pasado como institución de Iglesia sino que también los valores que orientarán nuestro desarrollo futuro.

Definiendo un camino que intenta colaborar a la resolución de la tensión entre el aporte al logro del desarrollo, como cooperación hacia el mejoramiento de las condiciones de vida de las personas, y la generación de espacios críticos que ayuden a nuestra sociedad a discernir entre los logros de cada proceso específico y los costos reales de los mismos.

Luego del período de dictaduras militares en el que numerosas ramas del saber fueron sistemáticamente estigmatizadas en nuestro continente, la misión de las universidades católicas se vislumbra como una tarea compleja, y aún más si consideramos la crisis de los metarrelatos a la que los pensadores postmodernos apelan.

Esta crisis, llevada al terreno de la institución universitaria en un país como el nuestro, repercute en la generación de una crisis de orientación ideológica, en el profundo sentido ético que el concepto de ideología conlleva, como sistema de valores que definen la acción.

Como sabemos, la persecución sistemática de variadas disciplinas repercutió en el desperfilamiento de éstas y en su funcionalización en el nivel técnico, proceso llevado a cabo en pos de proyectos refundacionales como el del gobierno militar chileno o como simple mecanismo de represión por parte de estos sistemas dictatoriales.

Durante estos gobiernos fueron cerradas numerosas carreras en distintas universidades en nuestros países, mientras que en otras instituciones se expulsó a numerosos académicos de alto nivel, los que se vieron en la necesidad de migrar o bien integraron el contingente de académicos y profesionales que nutrió a los centros académicos alternativos, los cuales tuvieron en la Iglesia, y en particular en el Cardenal, una defensa y apoyo ilimitados.

Es en este contexto donde el aporte del Cardenal al desarrollo de la institución universitaria en nuestro país nos parece significativo, debido a lo cual se hace imprescindible sistematizar los elementos fundamentales de su pensamiento en torno a esta temática.

Debido a lo anteriormente expuesto es que nuestro intento se centró en descubrir la esencia de la propuesta del Cardenal Raúl Silva Henríquez, como un aporte al proceso de repensar la Universidad en el contexto de redemocratización que vive nuestro continente en gene-

ral y nuestro país en particular, considerando las dramáticas mutaciones culturales que ha vivido el mundo como globalidad.

Estas mutaciones impactan poderosamente en América Latina, y es respecto de ellas que el pensamiento del Cardenal nos aparece como un todo articulado que ha sido coherente con los principios cristianos que deben orientar a la institución universitaria católica desde el prisma de la Doctrina Social y que, también, como conjunto de valores ha dado cuenta de la dinámica de los cambios socio-culturales que ha experimentado el mundo católico durante los últimos cuarenta años.

1.2. TESTIMONIO Y UNIVERSIDAD. El sentido de un camino

Como plantea *Evangelii Nuntiandi*¹, es a través del testimonio de vida donde particularmente es posible evangelizar la cultura, rescatando esta idea creemos que la obra del Cardenal Raúl Silva representa un testimonio vital que por sí mismo es un instrumento de evangelización.

Desde la perspectiva de los jóvenes profesionales católicos, su figura representa el paradigma del modo en que la cultura se evangeliza. Con una obra lúcida inspirada en la figura de Cristo, pero atenta a los signos de los tiempos, en lo que respecta particularmente a las dinámicas socio-culturales frente a las cuales el mundo católico ha debido responder y con respecto a las cuales, por supuesto, el Cardenal ha entregado su enseñanza y su ejemplo.

Si entendemos la obra de este prelado como un hito fundamental en el desarrollo histórico de América Latina durante el presente siglo, no

¹ En *Evangelii Nuntiandi*. "Para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites". P. 64, N° 41, Edit. Paulina 1989.

debemos dejar de considerar que ésta ha sido objeto de un escaso nivel de análisis, sobre todo por parte de las ciencias sociales que intentan discernir los procesos históricos latinoamericanos. Aún más si nos preguntamos cuales son los procesos y elementos que constituirían la esencia de la posición de Don Raúl Silva en torno a la Universidad, tema respecto del cual existe muy poco sistematizado.

Para nosotros, esta situación constituye una carencia fundamental en nuestro actual esfuerzo, como universidad católica, de conformar el andamiaje doctrinal que perfile una particular opción preferencial por los pobres.

Partiendo de la base que el estudio sistemático de la visión del Cardenal en torno a la Universidad representa un imperativo para nuestra identidad como universidad católica, pensamos que sólo si somos capaces de distinguir el concepto de Cultura implícito en la obra del Cardenal podremos dar cuenta verdaderamente de su visión de la institución universitaria, en tanto asumimos como coherente su visión de la Cultura como sujeto de evangelización y el rol que este prelado asigna a la Universidad como agente fundamental de la promoción social.

Lo anterior se fundamenta en aquello lúcidamente planteado hace algunos años por un profesor de nuestra universidad², con respecto a que la crisis de la constitución de la Universidad Católica en América Latina es la crisis de la posibilidad de síntesis entre los imperativos éticos de nuestra opción de fe y la síntesis cultural específica de nuestro continente.

Vistas así las cosas, solamente desde una antropología fundamentada en nuestra opción de fe, es posible hoy refundar la institución uni-

² Scherz, Luis. "La potencialidad cultural de la universidad latinoamericana para el mundo del siglo XXI", en *Identidad y Modernización*. Ediciones Paulinas. Tomo II. Buenos Aires. 1991.

versitaria católica en Latinoamérica, una antropología capaz de asumir la necesidad de una comunión en la diversidad desde una ética trascendental originada en el pensamiento católico; en base a lo cual nuestro esfuerzo como universitarios católicos deberá estar enmarcado en la necesidad de “dar razón de nuestra esperanza” en el contexto actual de hegemonía del proyecto neoliberal en lo socio económico y de una persistente secularización.

En este contexto, la obra del Cardenal representa un ejemplo del discernimiento de un hombre de acción desde sus peculiaridades culturales hacia la edificación de una universidad coherente con el ideal católico.

Creemos que esta posibilidad se concretiza en el rescate de los esfuerzos de personalidades como el Cardenal Silva que, desde nuestro particular escenario socio-cultural, han intentado edificar una universidad coherente a nivel ético con el intento de la Iglesia de evangelizar a la cultura, partiendo siempre de la cultura misma.

Es en este contexto donde el pensamiento del Cardenal Raúl Silva Henríquez cobra una importancia radical, como actor decisivo en la estructuración de un pensamiento católico en torno a la Universidad, desde considerar los objetivos de ésta vinculados a la promoción social, hasta su más reciente camino pastoral como edificador de una institución universitaria evangelizadora de la cultura. Se nos presenta hoy su pensamiento como una base ética sobre la cual construir reconciliación desde la justicia, proceso indispensable para el logro de la paz social en nuestro país³.

³ En relación con esta temática podemos mencionar dentro de la obra del Cardenal, entre otros muchos textos, la homilía del Cardenal en el acto de Acción de Gracias por la Patria, de Septiembre de 1973; “Los caminos de la paz”, de 1976, publicada en *El Cardenal nos ha dicho*. Edit. Salesiana, Santiago, pp.252-261.

1.3. JUSTICIA SOCIAL Y UNIVERSIDAD CATÓLICA

En relación con lo anterior, es importante considerar que en los últimos años el proceso de democratización ha demandado la participación de múltiples egresados universitarios, los que han debido presentar un espacio de crítica al modelo unido a un rescate de los logros concretos del experimento neoliberal.

Sin embargo, el contexto en el cual estos profesionales, técnicos y académicos fueron formados difiere radicalmente del actual, por lo cual numerosas categorías teóricas y técnicas se demostraron obsoletas para dar cuenta de la creciente “entropía”⁴ que nuestro sistema social y el desarrollo del conocimiento presentan.

Es por ello que numerosos egresados universitarios situados desde sus disciplinas, se encuentran hoy en una búsqueda de carácter paradigmática, puesto que la reducción de la complejidad en miras a la proposición de caminos de corto y largo plazo para nuestra sociedad, involucra un nuevo “pensar el mundo” que se defina desde la creación de ideas matrices a partir de nuevas propuestas epistemológicas y éticas.

En este sentido, la labor de la Iglesia como orientadora del discernimiento ético implícito en la reflexión cultural tuvo en la persona del Cardenal un representante preclaro, no sólo por la consistencia de su argumentación en torno al aporte de la institución universitaria en la evangelización de los espacios socio culturales y en la promoción de la persona humana, sino también por su empeño sistemático por rescatar inteligencias.

⁴ Hacemos uso del concepto de “entropía” según la definición de Gregory Bateson en *Mind and nature*. Dutton, Nueva York, 1980. donde se la define como un desorden constante en las relaciones entre las partes de un sistema.

No sólo se trató, por lo tanto, de servir por medio de la orientación de la institución universitaria hacia el servicio a los sectores más perjudicados con el costo social del desarrollo, sino también, en el contexto de gobierno militar, su tarea universitaria se proyectó en su lucha contra la “fuga de cerebros”.

Su colaboración a la fundación de instituciones como la Academia de Humanismo Cristiano o nuestra propia universidad fue decisiva y oportuna, tanto por la cobertura eclesial que otorgó a fundaciones de instituciones como éstas en el periodo de la dictadura, como por su personal preocupación por la obtención de recursos indispensables para llevar estas iniciativas a buen puerto.

La compleja situación por la cual este prelado debió de asumir un rol promotor directo de la institución universitaria, se ha visto acentuada por la explosión, sobre todo a nivel del sistema universitario privado, de carreras que están en búsqueda de un horizonte conceptual capaz de situar a estos profesionales del siglo veintiuno, en el contexto de un país en el cual las necesidades básicas de parte importante de la población no están efectivamente satisfechas.

Es en este contexto donde creemos que el rescate del aporte del Cardenal puede significar la iluminación de un camino para la historia futura de la institución universitaria en general y en particular para la institución universitaria católica de nuestro país.

A partir de la constatación de la crisis que hoy viven variadas áreas del conocimiento tanto a nivel epistemológico como teórico, y de la visualización de la relación entre Universidad y desarrollo, el referirse al rol de una universidad católica en Chile hoy, creemos que pasa por el encuentro con nuestra especificidad; lo que se conseguirá sólo si somos capaces de volver los ojos hacia los particulares aportes del pensamiento católico en torno a este tema, definido desde la Doctrina Social de la Iglesia en lo que respecta a la evangelización de la cultura,

convirtiendo a las ciencias y a las humanidades en promotoras del desarrollo, pero desde una ética crítica de la razón instrumental.

En este sentido son claras en el pensamiento del Cardenal sus aprehensiones respecto al proceso mediante el cual la racionalidad técnica tiende a fagocitar al sistema universitario, en una espiral que parte desde la necesidad de este mismo sistema de encontrar un espacio de legitimación social.

Este planteamiento lo explicita el Cardenal Silva cuando nos dice, por ejemplo, que :

“...una Universidad que desee prestar un aporte eficaz a la construcción de una nueva sociedad, auténticamente humanista, no puede dedicarse hoy día simplemente a responder a los problemas que el ambiente en que vive le somete: muchos de estos problemas están falsamente planteados, se presentan en esa perspectiva economicista, reducida y coartada, que no puede aceptarse sin más, porque implica una deficiencia humanista que la Universidad está obligada a corregir críticamente. La colaboración con el desarrollo nacional no puede partir de la presuposición de que éste sea siempre sano bajo todos sus aspectos. La Universidad está obligada a revisar las preguntas que el proceso histórico va planteando y a juzgarlas a partir de los principios universales de un humanismo global. Y no es que lo haga dejándose llevar por una imagen preconcebida del hombre. Si la Universidad está vigilante para elaborar la cultura, que nace en el ímpetu vital mismo del pueblo, no puede dejar de oír o de palpar valores que, aunque no sean siempre los más conscientes ni los más ruidosamente proclamados, están sin embargo allí, reclamando ser también reconocidos, y sin el cultivo de las cuales no se obtendrá una sociedad plenamente renovada”⁵.

⁵ Monseñor Silva Henríquez. “El cristiano ante la tarea universitaria de hoy”, Discurso ante el Claustro Pleno de la Universidad Católica, Abril 1971.

Para Monseñor Silva la encrucijada en que se encuentra la Universidad actualmente es producto de una visión parcial en torno a su verdadero rol al interior de la sociedad, fenómeno que ya es destacado por el Cardenal en la década de los setenta.

Esta deficiencia del sistema universitario en Latinoamérica, guarda relación con el modo en que se han pensado e implementado las estrategias de desarrollo por parte de la élite, en tanto se ha intentado convertir a la universidad en instrumento de los distintos experimentos desarrollistas que se han tratado de implementar en este continente, en la búsqueda de la secularización de los valores, perdiéndose de vista una discusión más profunda en torno a los principios que orientan a nuestra sociedad. Es por ello que el Cardenal en su pensamiento y en su acción hace suyo lo planteado por el magisterio con respecto a que:

“La universidad y, de modo más amplio, la cultura universitaria constituyen una realidad de importancia decisiva. En su ámbito se juegan cuestiones vitales, profundas transformaciones culturales, de consecuencias desconcertantes, suscitan nuevos desafíos. La Iglesia no puede dejar de considerarlos en su misión de anunciar el evangelio” (Presencia de la Iglesia en la universidad:3.1994).

Para la Iglesia Latinoamericana, y dentro de ésta para nuestro Cardenal, sólo en la crítica del costo de los procesos sociales que las élites intelectual, económica y política emprenden, nuestra labor como universitarios católicos contribuirá a la denuncia y lucha en contra de las estructuras de pecado presentes en nuestra realidad.

Se asume básicamente que el costo social de procesos como el de la lucha por el desarrollo no es pagado equitativamente por todos los miembros del sistema social.

Para nuestro prelado, el costo de los procesos sociales sólo puede ser combatido desde un aproximación ética nítida y al mismo tiempo

dinámica, que sea capaz de proponer caminos desde primados éticos que superen el nivel de la funcionalidad de las estructuras.

El pensamiento del Cardenal Raúl Silva significa un modo concreto de romper con la lógica de la justificación del costo que significa el sostenimiento de una institución universitaria exclusivamente definida en función de los intereses de los grupos privilegiados de nuestro continente, posición en la cual el concepto de liberación desde la óptica cristiana cobra un rol fundamental, liberación no sólo de la esclavitud del pecado sino de las “...condiciones de opresión que el pecado social implica” (Silva:1970, cfr)⁶.

1.4. EL TEMA DE LA CATOLICIDAD DE LA UNIVERSIDAD

Aquella visión de la Universidad, sustentada en el pensamiento del Cardenal Newman, que la entendía, a decir de Pedro Morandé, como una institución “...encargada del cultivo de la verdad desde la integración del saber, propone una entrega desinteresada a la verdad como el camino para la libertad del juicio y para el engrandecimiento de la personalidad”⁷ es para nosotros el pilar desde el cual la universidad católica ha sido definida en su accionar en nuestro continente⁸.

Según vemos, en el actual contexto sólo podrán ser verdaderos “transformadores culturales”, los futuros profesionales e intelectuales católicos formados en nuestras universidades, si somos capaces de hacerles comprender su misión como actores de la evangelización de

⁶ Silva H., Raúl. “Alienación y Liberación”. *Cuadernos de Testimonio* N°3, 1970.

⁷ Morandé, Pedro. “Acto de homenaje a la memoria de Luis Scherz”. *Revista C.P.U.*, 11^a 69, Trimestre 3, 1991.

⁸ Estas ideas del Cardenal Neuman se encuentran ampliamente desarrolladas en los textos *The Ideal of a University* publicado originalmente en 1877 y en *Lecturer and Enssays on University Subjets* publicado originalmente en 1859, encontrándose una síntesis de ello en el libro: *The living thoughts of Cardinal Newman* de Henry Tristram. David Mckay Company. New York. 1946.

la cultura, tanto en la dimensión social como en lo trascendente que esta idea involucra.

En torno a ello podemos encontrar en la historia reciente ejemplos del modo como en nuestro país la educación ha intentado formar élite crítica del costo social del desarrollo y abierta a nuestra especificidad cultural.

Es así como en un texto escrito para la ordenación como diácono de un gran educador chileno, el Cardenal Raúl Silva Henríquez expresó una idea que para nosotros es la esencia del sentido que debería tener la educación católica en nuestro país, constituyendo un marco para nuestras universidades:

“Nuestros brazos son cortos, mis queridos hermanos, nuestra manera de ser es limitada. No sé si ustedes han comprendido una verdad profunda de la Iglesia de Dios: Cristo se encarnó en un hombre que fuera expresión de toda la humanidad. No era posible...en su lenguaje se conocía su ascendencia de provinciano pobre. Tuvo una edad limitada, no fue profesor, no fue sabio al estilo de los sabios de ahora, no fue un médico, no. Fue un hombre de un pequeño pueblo de Palestina. Uno de los que fuera su discípulo expresó que no se podía esperar nada grande ni bello ni noble de ese pueblo”⁹.

Esta frase sitúa a las universidades católicas, en tanto instituciones educacionales que hacen vida estos principios, como instrumentos de cambio cultural conscientes de la diversidad cultural de cada contexto, pero no sólo entendido ello como la resolución de parte de la Iglesia de la tensión entre la tradición y la modernidad, sino más bien como un instrumento que tiene mucho de humano y mucho de divino.

⁹ Nos referimos a la ordenación del diácono Hugo Montes Brunet, Premio Nacional de Educación, el texto que transcribimos corresponde a un extracto de la homilía pronunciada por Monseñor Silva en este evento el 15 de agosto de 1979, publicado en: Montes, Hugo. *La aventura de Servir, Testimonio de un diácono permanente*. Editorial San Pablo, Santiago, 1996.

Evangelizar la cultura desde la universidad significará, por lo tanto, una apertura a un tipo de comprensión de la cultura más allá de la dimensión social que ésta posee, en un intento por conectar los valores metasociales con los valores propiamente culturales, entendidos ambos como entidades ideales que se hacen vida en la historia de una sociedad concreta. Así, la cultura no será vista sólo como una creación humana sino como aquel espacio donde la revelación se presenta y se hace vida desde la más minúscula comunidad hasta la más grande civilización.

Si asumimos el nexo entre cultura en plural y universidad católica, es que apostamos a la posibilidad de una mejor comprensión del mundo por parte de la intelectualidad católica desde esta categoría analítica, la cual emerge tanto de la teología cristiana más profunda basada en el pensamiento de los Padres de la Iglesia como San Pablo o San Agustín, como también del Romanticismo latinoamericano y de la influencia de la ciencia social tanto positiva como comprensiva.

Expresándose ello claramente en el itinerario sociológico de esta doctrina a nivel mundial y particularmente en nuestro continente. Es así como para tratar el concepto de Cultura desde nuestra opción de fe cristiana, debemos ubicar el nexo entre la dimensión metasocial y científica del concepto de Cultura en el contexto del diálogo entre Ciencias Sociales y Teología como dimensión particular del diálogo entre razón y fe.

Como sabemos, paralelamente al desarrollo de las ciencias humanas, se ha producido un acercamiento de la teología hacia estas disciplinas. Uno de los iniciadores de este diálogo interdisciplinar es, sin duda, el teólogo alemán Karl Rahner, quien realizó un intento magistral de vincular fe y razón, con el fin de “dar razón de su fe” al hombre del siglo XX, heredero del proyecto de la Ilustración.

Su pensamiento abre camino a toda la disquisición teológica posterior, tanto católica como protestante, ya que en su elaboración teórica

asume categorías provenientes de instancias tan variadas como la filosofía laica moderna o las ciencias sociales, intento seguido y asumido por nuestra Iglesia y hecho vida por el Cardenal Raúl Silva.

En lo fundamental Rahner intenta vincular la fe con la modernidad, para ello asume una postura según la cual la palabra "...Dios...Nos pone frente al todo de la existencia humana" (Rahner: 1976,97), es decir, toda elaboración teológica debe siempre tener en cuenta al "hombre concreto", es por ello que nuestro autor rescata la perspectiva Kantiana, según la cual el hombre debe liberarse de la tutela "de aquellos que intentan razonar por él".

Para Rahner no existe una contradicción real entre la búsqueda racional de respuestas y el encuentro con Dios, es por esto mismo, que a partir de su pensamiento es posible rescatar elementos del discurso positivista de autores como Durkheim y Comte, ya que para él la acción de Dios en la historia no implica el que no deban descubrirse las leyes y los mecanismos que gobiernan la dinámica social. Es más, incluso nos plantea que es posible aceptar como verdaderos algunos elementos del marxismo sin que esto implique una contradicción total con la fe cristiana, si es que estos elementos o cualesquiera otros que sean asumidos desde la fe cristiana realmente dan cuenta del 'Orden fenoménico de la realidad' (Rahner: 1976, 116)¹⁰, como vinculación con aquello que el Concilio Vaticano II llamó 'las alegrías y las esperanzas' de los hombres y mujeres concretos.

Si examinamos la participación del Cardenal en las grandes tareas de la Iglesia, en particular desde el Concilio Vaticano II, nos damos cuenta que este impulso de acercamiento desde la fe a la razón es un principio que a nivel conceptual y valórico definirá la postura del Cardenal frente al mundo y en particular frente al conocimiento, impulso desarrollado desde el concilio y su apertura al mundo: "Rahner y otro teólogo

¹⁰ Rahner, Karl. *Curso Fundamental sobre la fe*. España, Herder, 1985.

de gran peso, el belga Yves Congar, que también estuvo ‘congelado’ por el Santo Oficio pocos años antes, eran dos favoritos para dar conferencias ante los obispos; en nuestro grupo chileno ellos fueron dos de nuestros invitados mas atentamente oídos”¹¹.

Según nuestro modo de apreciar el pensamiento del Cardenal este diálogo con la inteligencia que se afianza con el Concilio constituye un elemento esencial desde el cual el Cardenal edificará su ideal de Universidad.

1.5. LA UNIVERSIDAD CATÓLICA EN EL CONTEXTO DE NUESTROS CAMBIOS CULTURALES

La Universidad Católica como sujeto cultural en el contexto latinoamericano se ha ubicado históricamente en la tensión entre tradición y modernidad, disputa frente a la cual ha surgido un nuevo cuestionamiento en torno a la mirada de la institución universitaria católica frente a la posibilidad del acceso de América Latina a una condición Post-Moderna.

Al intentar dar cuenta del peso de las mutaciones culturales en la institución universitaria católica latinoamericana, creemos necesario asociar estrechamente la dinámica de la Universidad con la historia de nuestro continente en el plano de la adopción y reinterpretación de los grandes flujos culturales que han cruzado el mundo occidental, aún antes de la introducción de la modernidad misma.

En nuestra pensamiento, frente a la opinión de autores como Néstor García-Canclini¹² en torno a la falta de relevancia de la discusión con

¹¹ Silva Henríquez, Raúl. *Memorias*. Tomo I. P. 271. Ediciones Copygraph. Santiago. 1991.

¹² García-Canclini, Néstor. “Modernismo sin modernización”, en *Revista Mexicana de Sociología*. Volumen LI, N° 3, Julio de 1989.

respecto a modernidad o post-modernidad latinoamericana, lo cual implicaría, pensamos, el entender a nuestras instituciones culturales como fenómenos alejados de las grandes transformaciones culturales que ha vivido el mundo moderno, asumimos a la institución universitaria católica, en nuestro contexto, como una entidad que absorbe y reinterpreta las grandes fuentes de la Cultura Occidental prácticamente desde el momento mismo de la conquista.

En función de lo anterior, sostenemos que la universidad católica en tanto “simulacro” de la universidad europea o norteamericana, y también en su dimensión de creación original de nuestro continente, vive una situación en la cual ha asumido las grandes corrientes culturales de Occidente. Es así como desde la conquista y hasta el siglo XIX, en base al proyecto ecuménico del Barroco, apela a la concreción de una tradición propia de nuestro suelo. Desde mediados de nuestro siglo, en tanto instancia crítica de las estructuras de pecado, se compromete con los megaproyectos modernizadores y hoy en su búsqueda de evangelizar la cultura apela a la comprensión cultural como clave de la evangelización.

En el actual referente de nuestra intelectualidad católica prima un discurso que rescata la evangelización barroca, entendiéndola como elemento esencial para la caracterización de la identidad cultural de América Latina.

Para intelectuales católicos como Pedro Morandé, la síntesis cultural latinoamericana es ante todo una síntesis barroca, poseyendo ésta, en su opinión, ciertas características como lo son: el ser una instancia donde se desarrolla la consolidación de América Latina, en tanto se tenía como idea matriz la de formar una ecúmene universal de pueblos. Esta idea se pierde con la Ilustración y recién se recupera, en el caso de la Iglesia Católica, con el Concilio Vaticano II. La síntesis sería básicamente cültica, donde el trabajo tendría un carácter tributario y sacrificial, sin embargo esta síntesis no fue valorizada como pa-

trimonio propio por el proceso de formación de los estados nacionales (Morandé: 1991, 50-51)¹³.

Es así como desde la Universidad Colonial, la institución universitaria católica es vista por sus intelectuales y por la Iglesia misma como un espacio preclaro donde existía la real posibilidad de construir una comunidad católica latinoamericana.

La Universidad como crisol donde la catolicidad culturalmente situada se va formando, definen esa universidad donde, por ejemplo, los estudios teológicos prácticamente desde el siglo XVII comienzan a conformarse¹⁴.

Luego de la crisis del latifundio tradicional en la primera mitad de nuestro siglo, la Iglesia en diálogo con los megaproyectos desarrollistas responden asumiendo la necesidad de aquello que Monseñor Manuel Larraín llamó la “espiritualidad del desarrollo”, en la cual se entiende al desarrollo como modo concreto de promoción humana, pero donde también se mantiene una actitud vigilante frente al individualismo o al materialismo que ello puede implicar. Es así como el propio Obispo Larraín nos señala: “Una espiritualidad del desarrollo es salir de las concepciones egoístas, utilitarias, individuales y mezquinas para orientar la actividad particular en una mística de servicio, de amor generoso, de visión de un mundo nuevo para construir...”¹⁵.

Es por ello que se vislumbra en la Universidad una entidad que desde su autonomía deberá proveer de un testimonio de fe desde un diálogo permanente con la alta cultura; sin embargo, desde esta perspec-

¹³ Morandé, Pedro. “El trabajo en la cultura adveniente” en *Revista Persona y Sociedad*. Vol. V , Nº 2, 1991.

¹⁴ Gutiérrez, Gustavo. *En busca de los pobres de Jesucristo: Evangelización y teología en el siglo XVI*. CEHILA, Costa Rica, 1981.

¹⁵ Obispo Manuel Larraín, Discurso en el Congreso de OIC, Buenos Aires, Septiembre de 1962.

tiva, ello no se logra en base a una visión de la Universidad que la supedite a la estructura institucional de la Iglesia. En el juego entre dar razón de la esperanza, y colaborar autónomamente al desarrollo está aquello que definirá en este período a la institución universitaria católica, lo cual es visto básicamente como intento de generar una propuesta cultural que acompañe y promueva la generación de estructuras sociales más justas. Así lo plantea el destacado universitario Jesuita Hernán Larraín: "Se viene pidiendo a la universidad latinoamericana desde hace ya tiempo que elabore lúcidamente una cultura y una visión dinámica del hombre para nuestros pueblos en trance de cambios acelerados"¹⁶.

En el contexto de lo anteriormente expuesto vemos en este periodo a la universidad católica como una entidad formadora de transformadores de la realidad social y cultural, los cuales intentan superar el ámbito del cambio social para constituirse en profesionales capaces de promover la transformación, respetuosos de los contextos socioculturales donde se realiza y por ello posibilitadores de una gestión autónoma desde las comunidades que se van transformando a su paso, ya sea por la acción de la ciencia natural o social, por el influjo de las Humanidades o desde la acción de las distintas tecnologías.

1.6. LA UNIVERSIDAD CATÓLICA COMO TRADICIÓN

La crítica a las estructuras de pecado y luego el llamado de la Iglesia a constituir a la universidad católica en una instancia de evangelización de la cultura, topa sin duda con la creciente arremetida del mercado, que intenta convertir a esta institución en un espacio más de reproducción de valores y prácticas tendientes a privilegiar la

¹⁶ En: *El Humanismo de Hernán Larraín*. Editorial Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago, s/a, Págs. 118-119. El texto fue escrito por el Padre Larraín en septiembre de 1966.

competitividad y el consumo, más que la búsqueda de una verdadera justicia social, para lo cual el cultivo del conocimiento se reduce sólo a la creación y transmisión de procedimientos técnicos unido a una apología de la racionalidad del mercado mismo.

Como alternativa al entramparse en una racionalidad técnica de carácter totalizante, creemos necesario señalar la necesidad del **rescate de una tradición**, conformada por la historia de esta institución católica y de la extensa tradición de las universidades laicas en nuestro continente, la cual, aunque puede ser justamente cuestionada en algunas de sus dimensiones particulares, pensamos que como pasado que actúa en un presente, no puede más que señalar el perfil ético de la misma, en tanto conlleva el asumir el raigambre ético de los grandes **experimentos desarrollistas** en los que la institución universitaria católica, en diálogo con la modernidad y el Estado, se han visto involucrados; experimentos que han sido en América Latina las grandes ideologías que han orientado al Estado y la Iglesia en su rol benefactor, teniendo este rol, más allá de las justas críticas que pueden hacersele, un profundo sentido ético.

La crisis del Estado planificador como instancia suprema de superación de carencias o, como lo plantea Octavio Paz, la “**crisis del ogro filantrópico**”¹⁷, no puede negar bajo ninguna forma que la institución universitaria ha cumplido un rol como agente educador en la **promoción de las personas desde la educación y hacia el desarrollo**, en las distintas dimensiones que el concepto de desarrollo posee. He aquí un primado ético que fundamentado en una tradición puede marcar la ruta futura de esta institución, incluso a nivel de los paradigmas científicos que esta universidad haga suyos en el desarrollo de su labor.

A partir de la constatación de la crisis que hoy vive el concepto de Universidad tanto a nivel epistemológico como teórico, y de la visua-

¹⁷ Paz, Octavio. *El Ogro Filantrópico*. F.C.E. México, 1991.

lización de la relación entre Universidad y desarrollo, el referirse al rol de una universidad en América Latina hoy, creemos que pasa por el encuentro con nuestra especificidad, lo que se conseguirá sólo si somos capaces de volver los ojos hacia los particulares aportes de nuestra historia, entendiendo a esta historia como una estructura en movimiento, es decir, una tradición que lejos de estar referida a un pasado superado es un cúmulo de categorías que puede y debe, en base a un activo discernimiento, iluminar nuestro futuro.

En el rescate de esta tradición universitaria católica consideramos fundamental el destacar que la crítica de esta situación ha sido radical al interior del pensamiento del Cardenal Raúl Silva, desde sus primeros textos como Obispo de Valparaíso a sus opiniones en torno al rumbo de la institución universitaria en el contexto de la dictadura militar; contexto en el cual los jóvenes como sujetos y agentes de la evangelización poseerían un papel fundamental, puesto que constantemente en su reflexión el papel de las élites juveniles estaría dado por la necesidad de que éstas asuman la superación de las estructuras de pecado en las que se les intenta envolver¹⁸.

Al volver la vista a un gran número de instituciones de educación superior de nuestro continente, podemos apreciar que la pérdida de un horizonte ético claro que oriente el debate conlleva a una falta de norte en el rumbo del cultivo de las disciplinas académicas y profesionales, o a una tecnificación extrema que se convierte en funcional a una forma de ordenar la sociedad que, desde nuestro prisma cristiano, requiere del ejercicio de la crítica.

El quehacer científico universitario se convierte así en una labor carente de un sustento valórico trascendente, ya que este ordenamiento acarrea el perder de vista una discusión más profunda en torno a los

¹⁸ Así lo expresa claramente por ejemplo en su mensaje a los jóvenes en 1976, publicado por la revista *Solidaridad* en el número 9 de ese mismo año.

principios que orientan a nuestra sociedad; lo cual en el caso de la institución universitaria católica reviste una particular seriedad, en tanto la inspiración ética de esta institución excede en mucho los límites particulares de la modernidad y del capitalismo.

Frente a ello, la figura del Cardenal se nos presenta como profética en su capacidad de entender el carácter metasocial de la institución misma, entendiendo que su vínculo con cada proyecto de sociedad, sólo se restringe a la posibilidad de concertar desde ellos la construcción del Reino.

1.7. OPCIONES FRENTE AL CONOCER Y UNIVERSIDAD CATÓLICA

La estrecha relación que se establece entre Ciencia, Universidad y Desarrollo conlleva una creciente valorización, durante nuestro siglo, de la labor científica al interior de la institución universitaria. Es por ello que uno de los espacios más complejos en torno a los cuales la universidad católica debe dar cuenta, es el de la Ciencia, constituyendo el evangelizarla una instancia particularmente importante y compleja del proceso global de evangelización de la cultura.

Hoy, la labor científica al interior de la institución universitaria requiere, por lo tanto, del específico aporte del pensamiento católico, fundamentalmente en el plano de la ética.

Creemos que, en relación a esto, desde una ética fundamentada en la tradición es posible asumir **opciones paradigmáticas**. Es decir, es posible, en el sentido que Thomas Kuhn le da al concepto de paradigma, un tipo de opción epistemológica que defina tanto la reflexión como la praxis, aportando a la institución universitaria una opción en torno al conocer, coherente con su base ética¹⁹.

¹⁹ Kuhn, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. F.C.E.México, 1993.

Es necesario hacer notar que autores tan disímiles dentro de la epistemología y la filosofía de la ciencia como Karl Popper, Paul Feyerabend o el mismo Thomas Kuhn, no conciben a la ciencia como un fenómeno lineal, ni necesariamente acumulativo, por el contrario la ciencia es un producto social que debe dar respuesta a las grandes preguntas que en cada contexto específico se suscitan, debido a lo cual cada modo de hacer ciencia o “paradigma” configura una nueva forma de concebir la Ciencia.

La Ciencia vive quiebres en su modo de ser concebida en tanto es toda una sociedad, a través de sus científicos renovadores, la que busca y encuentra un nuevo modo de hacer Ciencia, el que toma elementos de los paradigmas anteriores, pero también puede estar en franca contraposición con el paradigma oficial precedente, lo cual convierte a la historia de la ciencia en la historia de la ruptura entre las distintas formas de entender y de desarrollar el trabajo científico, es decir, “...es la historia del auge y posterior caída de un paradigma para ser reemplazado por otro”(Kuhn:1993,80)

La subsistencia de un paradigma, se juega en la tensión entre el hecho de que cada nuevo paradigma representa una propuesta renovada que sostiene verdades y certezas a manera de “...verdaderos dogmas” (Kuhn: 1993,83), donde la pretendida objetividad del científico se convierte en muchos casos en ciega adhesión, y la capacidad de éste para asumir en forma benéfica las influencias externas y para replantear los dogmas fundantes, que a nivel epistemológico e histórico lo definen.

Al interior de un paradigma, la disociación radical entre aspectos de la esfera académica, como lo es la dicotomía entre ciencia pura y ciencia aplicada, aunque verdadera en su origen, llevada a su extremo puede significar una limitante en la generación de conocimiento.

En el contexto de la institución universitaria católica en América Latina hemos debido redefinirnos el concepto de ciencia pura, en tan-

to la “pureza” de la ciencia no se define, desde nuestra opción ética, por su inaplicabilidad sino tan sólo por su nivel de abstracción. Por lo demás, tanto ciencia pura como ciencia aplicada comparten, para nosotros, el primado ético trascendental surgido desde las opciones éticas subyacentes a cada paradigma, las que en el contexto de la sociedad chilena, más allá de las divergencias epistemológicas puntuales, se articulan desde la búsqueda del desarrollo como modo concreto de dar solución concreta a los grandes problemas que aquejan a las personas que forman parte de nuestra sociedad, y particularmente a las más pobres.

Por otra parte, podemos ver como en numerosas ocasiones se apela al principio de la objetividad como fundamento de todo quehacer científico, sea puro o aplicado, confundándose la utilidad y la profundidad del conocimiento con la convicción del grado de objetividad del mismo. Por nuestra parte, pensamos que el vínculo que la universidad católica debe establecer entre ciencia pura y ciencia aplicada a partir del cultivo de disciplinas separadas por su praxis histórica concreta, no puede partir del supuesto proveniente del racional iluminismo de que sólo la ciencia objetiva colabora con el progreso de las sociedades. Si por una parte el concepto mecánico de progreso está hoy siendo fuertemente cuestionado, también el de objetividad científica es un concepto que está siendo reconsiderado.

También nos parece importante considerar, que si dentro de nuestro quehacer comprendemos a nuestra universidad como un sistema, entendiendo a esta categoría conceptual como principio ordenador del quehacer de nuestra universidad, esto implica desde la cibernética, desde el holismo de autores como Bateson o desde la opción de Luhmann, un paso desde la epistemología hacia la ontología, lo que, al llevarse al terreno operativo, **desplaza la pregunta por lo observado hacia la pregunta por el observador**, es decir, no conlleva la apelación a un mundo objetivo que pueda ser conocido, sino más bien una interpelación a los sistemas observadores, en tanto éstos desde su

retroalimentación consigo mismos y con su entorno, definen particulares formas de percibir el mundo y de actuar sobre él, es por ello que toda respuesta en torno al futuro de nuestra universidad debe surgir desde un ejercicio de la autorreferencia, desde un mirar hacia adentro y desde allí discernir nuestro camino.

Pensamos que frente a los replanteamientos conceptuales y prácticos de la universidad como institución, y a la imperiosa necesidad del rescate de la tradición universitaria en nuestro continente, existe la posibilidad concreta de realizar un aporte desde nuestra opción de fe, en tanto el rescate de esta tradición podría realizarse en el contexto de la universidad católica latinoamericana, en base al análisis de los numerosos documentos que han abordado la temática de la Universidad en América Latina. Creemos que estos textos, grandes y pequeños, coyunturales o doctrinarios, representan un inmenso esfuerzo de sistematización de lo que la Iglesia como comunidad creyente piensa y siente en torno a esta institución.

1.8. EL PENSAMIENTO CATÓLICO COMO ESPECIFICIDAD Y COMO CAMINO PARA LA INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

En la constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*²⁰ se señala que la identidad institucional de una universidad católica depende de la concreción tanto de la dimensión universitaria como de su catolicidad, abandonar cualquiera de estos aspectos significa el no configurar lo que es el sentido de la propuesta desde la catolicidad para el sistema universitario.

Es en este sentido que afirmamos que el rol de la universidad en el contexto actual de nuestro país, guarda relación con la “evangelización de la cultura” desde un posicionamiento ético que apunta a los espacios

²⁰ *Ex Corde Ecclesiae*. Ciudad del Vaticano. Agosto 1990.

simbólicos y prácticos, a los cuales la universidad está referida; categoría que, como veremos más adelante, es asumida por Monseñor Silva como punto de llegada en un itinerario que no es otro que el recorrido de la Iglesia en su postura frente a sus universidades en nuestro contexto.

Lo anterior se basa en un principio doctrinal, según el cual el cristiano no sólo debe “suplicar por la venida del Reino de Dios” a nivel de un futuro impreciso e inasible, sino que también debe, a través del amor, tender hacia la anticipación concreta y contemporánea de ese Reino, evangelizándose la sociedad a través de la cristianización de la cultura, lo que en el contexto de la sociedad chilena ha significado un permanente discernimiento en torno a las diferentes esferas dentro de las cuales nuestra red cultural se expresa.

En este contexto se sostiene la necesidad de “inculturar el evangelio”²¹, como proceso de internalización de la verdad revelada, a partir de nuevas estrategias pastorales que integren la pluralidad de cosmovisiones, categorías y signos del escenario cultural latinoamericano de nuestros tiempos, es así como se entiende por nueva evangelización:

“... el conjunto de medios, acciones y actitudes aptos para colocar el evangelio en diálogo activo con la modernidad y lo postmoderno, sea para interpelarlos, sea para dejarse interpelar por ellos. También es el esfuerzo por inculturar el evangelio en la situación actual de las culturas de nuestro continente”
(Santo Domingo.24).

La lucha de la Iglesia chilena en los últimos años por la justicia social, se ha centrado en la idea de que la tarea esencial de todos aquellos que quieren ser fieles a Cristo, es buscar la “evangelización de la cultura” con el fin de convertir al hombre hacia una verdadera “cultura

²¹ Concepto fundamental dentro de Puebla. *Documento de Puebla*. Editorial SÍGUEME.Salamanca, 1980.

de la solidaridad”, se busca el cambio cultural debido a que se postula que las estructuras socio-económicas sólo condicionan y no determinan la realidad social y la conducta individual.

La Iglesia sostiene que la cultura es una realidad distinta, a partir de la cual es posible una transformación social y económica profunda, ya que sólo por medio del cambio cultural es posible lograr una “conversión personal”, esta conversión podría lograrse fundamentalmente gracias a la acción de instituciones como la familia, o las instituciones educativas ya que sólo por este medio sería posible lograr una transformación que conlleve un proceso de producción, reproducción y transmisión cultural que permita el anticipo del Reino por medio de pequeños o grandes, pero siempre profundos cambios sociales.

Debido a esto es que la cultura es un tema central para nuestra Iglesia hoy, tanto así que el tema del “cambio cultural” fue fundamental en la reunión de Santo Domingo, y ha estado permanentemente presente en los documentos del Episcopado Nacional.

En este sentido, en el Documento de Puebla se sostiene que la cultura es “...*el modo particular como en un pueblo los hombres cultivan su relación con la naturaleza entre sí mismos y con Dios*” (gs.5, 3b).

Según esta visión, la Cultura posee un carácter básicamente axiológico, ya que tanto está compuesta por “valores y desvalores”; y es justamente en la evangelización de los valores donde está la base de la evangelización profunda que el catolicismo debe intentar realizar en nuestro continente. Para Puebla, la Cultura tiene un carácter totalizante, que implica el que los valores culturales que animan la sociedad, y los desvalores que la debilitan, estén estrechamente vinculados con el horizonte de lo religioso, en tanto éste constituye “la zona más profunda” de la Cultura.

Por otra parte, para Puebla existe una estrecha vinculación entre Cultura y realidad histórico social, en tanto el hombre como ser social

e histórico posee la capacidad de reinterpretar la cultura que recibe. Es por ello que la evangelización se vuelve urgente en nuestra época, a partir de considerar la aceleración con la que se presenta hoy el carácter dinámico de los fenómenos culturales. Específicamente en el contexto latinoamericano, la Iglesia debe evangelizar en un clima de cambio permanente “...frente al complejo fenómeno de la modernidad, es necesario dar vida a una alternativa cultural plenamente cristiana” (Documento de Santo Domingo. 22)²².

Es a partir de lo anteriormente expuesto que podemos visualizar el aporte ético a la idea de Universidad como:

1. **Una espacio de crítica y contribución a las estrategias de desarrollo.** En este sentido creemos que desde la D.S.I. el aporte de la institución universitaria supera la esfera de lo técnico, en tanto sobrepasa la falacia racional iluminista de la identidad entre la estructura y el valor. Es decir, no encadena el sentido de nuestro hacer a un determinado propósito, como puede ser el desarrollo económico, sino que intenta una “evangelización de los proyectos”, aportando una dimensión ética substancial que supera por una parte la saturación producida por la racionalidad técnica, en tanto no supedita los valores a la modificación de la estructura o dicho de otra manera al cambio social, y por otra parte supera la relativización de los valores propia del pensamiento postmoderno, que bajo el rótulo del fin de las ideologías, convierte a la técnica y a la ciencia en funcionales a un tipo de relaciones de producción que en muchos casos involucran un alto costo social.
2. **Un agente de evangelización de la Cultura.** Evidentemente la sociedad chilena está viviendo un profundo cambio cultural, el que se origina por una parte en los replanteamientos globales de lo moderno, que ha socavado muchos de los elementos del proyecto ilustra-

²² Documento de Santo Domingo. Editorial CELAM. Colombia, 1993.

do a partir de la constatación del fracaso de éste en su propósito de lograr la plena emancipación humana, lo que se expresa en la desigualdad que coexiste con islotes de modernización en nuestro país y la imposibilidad de superar la condición de marginación de amplios sectores. Por otra parte es importante considerar que la posición de Chile en el contexto internacional, donde su proceso de democratización unido a un proceso de reconversión productiva requieren de un acondicionamiento a nivel cultural, tenga en cuenta las particularidades de nuestro contexto, pero que no nos aisle de los grandes flujo culturales que están redefiniendo la modernidad.

Una universidad, como toda institución académica católica tiene como fin último “dar razón de nuestra esperanza”, para ello la evangelización de la cultura es el camino básico; sin embargo, nuestra definición de Cultura supera la esfera de la definición tradicional, debido a que si bien involucra el entender a la Cultura como el conjunto de valores que poseen una orientación hacia la acción, creemos que nuestra comprensión de este concepto supera el ámbito de lo científico en tanto está referida a espacios metasociales. Es por ello que el cambio valórico que la evangelización de la Cultura nos llama a promover, conlleva una búsqueda de conversión. Tarea que para ser siquiera enunciada requiere del rescate del aporte de figuras como nuestro Cardenal, como testimonio de fe y de inteligencia práctica puesta al servicio de la Cultura, como modo concreto de amor a Dios.

CAPÍTULO SEGUNDO

LAS FUENTES DEL PENSAMIENTO DEL CARDENAL PARA SU VISIÓN DE LA CULTURA Y LA UNIVERSIDAD

Si en este estudio nos basamos en la hipótesis de que existe una creciente valorización en el pensamiento del Cardenal Silva Henríquez respecto del concepto de Cultura, es que apostamos a la posibilidad de una mejor comprensión del mundo, desde esta categoría analítica, por parte de la intelectualidad católica. Ésta emerge de la teología cristiana más profunda basada en el pensamiento de los Padres de la Iglesia, como San Pablo o San Agustín, del Romanticismo católico latinoamericano y de la influencia de la ciencia social tanto positiva como comprensiva. Lo que se expresa en el itinerario sociológico de esta doctrina a nivel mundial y particularmente en nuestro continente.

2.1. LA LARGA BÚSQUEDA DE UN LENGUAJE PARA COMPRENDER

Si intentamos dar cuenta de las fuentes que, en la tradición cristiana, tiene el concepto de Cultura en uso dentro del universo católico latinoamericano, es ineludible asumir la deuda que la actual acepción de este término, dentro de la Doctrina Social, tiene con el pensamiento de los Padres de la Iglesia; tematización que ha sido ampliamente desarrollada por los teólogos de la Cultura y que en nuestro caso, en una lectura interpretativa hecha desde las Ciencias Sociales, identificamos, a manera sólo de ejemplo, en dos tipos de fuentes. Una proviene de la Biblia y la otra de la enseñanza de los Padres de la Iglesia:

- Una fuente bíblica que expresa la conciencia del cristianismo respecto de la diferencia cultural, se encuentra en la teología paulista. Un digno ejemplo corresponde a la visión de un Pablo de Tarso que intenta “*dar razón de su esperanza a la gentilidad*”. Vemos prolongada al mundo moderno la escena de Pablo en el Areópago cuando utiliza los símbolos culturales del “otro” en una visión tolerante, en tanto intenta antes que nada generar una síntesis entre las semillas del Verbo paganas, es decir no cristianas, y las de la fe cristiana. Intento que desde la fuente neo-testamentaria ilumina la reflexión del mundo católico hoy.

En este intento debe violentar su etnocentrismo, aceptando algo tan complejo como la existencia del politeísmo, lo que para un judío de su tiempo y su condición es motivo de escándalo. Su objetivo es generar aquello que desde la moderna antropología cultural denominaríamos como “sincretismo”, sin embargo, esta categoría estaría libre de aquella lectura que identifica la sincretización con la desviación de la doctrina.

Pablo es capaz de reconocer y utilizar el hecho de que en el “otro creyente” puede existir una intuición de Dios, lo que en su tiempo posibilitó la evangelización de los no judíos, y hoy abre a la Iglesia a un principio de tolerancia anterior a la concepción ilustrada de la “tolerancia como práctica de la libertad”, presente en la declaración universal de los derechos del hombre.

Pablo se vence a sí mismo entregándonos la posibilidad de la comprensión intercultural desde una opción de fe¹, acción que sin duda hoy posee un real sentido en la Universidad Católica latinoamericana, reflejada en su apertura a la variabilidad cultural, en la bús-

¹ En este sentido resulta interesante mencionar un texto del Cardenal Silva Henríquez, en el cual, antes del golpe de estado de 1973, plantea un encuentro entre el concepto de “derechos humanos” con las fuentes bíblicas del humanismo cristiano. Texto leído en la Sinagoga de Santiago frente a ilustres representantes de la comunidad judía nacional.

queda de una verdadera evangelización de la Cultura desde el claustro universitario.

- Por otra parte también en la patrística medieval es posible encontrar una visión clara y profética del nexo entre Cultura y evangelización.

En el caso de la teología agustiniana, la Ciudad de Dios es en sí una metáfora realizada por aquel que intenta interpretar un mundo que se derrumba; la crisis del Imperio Romano vista por San Agustín de Hipona, es la crisis de la posibilidad de Occidente de dar cuenta de sus propias contradicciones, frente a lo cual se genera esta Ciudad de Dios, la cual representa la posibilidad de una conversión valórica en un contexto de heterogeneidad cultural.

Para Agustín sólo desde el reconocimiento de la diferencia es posible el evangelizar superando el peligro de un cristianismo sustentado sobre una base monocultural. La teología agustiniana supera aspectos difíciles del etnocentrismo de la cultura occidental para señalar la posibilidad de construir una “polis cristiana”, figura simbólica que supera la dimensión sociopolítica del concepto, en tanto opera desde allí una estrategia de evangelización centrada en la conversión de los valores, de frente tanto a la crisis del Imperio Romano como a la influencia de la cultura oriental.

Agustín aporta la posibilidad de una evangelización que él entiende como “civilizadora” y que hoy interpretaríamos como aculturadora, en tanto se trata de la entrega de patrones culturales cristianos sin que esto signifique negar necesariamente todos los valores particulares o los sistemas axiológicos presentes en cada cultura. Es debido a ello que no es casual que frente a la crisis de lo moderno múltiples autores cristianos apelen a una nueva ciudad de Dios² fundada en la evangelización de la Cultura.

² Nos referimos a autores como Pedro Morandé, quien desde la apelación a la Ciudad de Dios agustina identifica un punto de encuentro entre la dimensión científica y la teológica del concepto de cultura.

Este tipo de valores teológicamente fundamentados llegan a América a través del proceso evangelizador hispano-lusitano, el cual por medio del proyecto ecuménico del Barroco intentó conformar una identidad católica al estilo de la Contrarreforma, proceso que tuvo, sin duda, una influencia significativa en las diversas expresiones de la cultura latinoamericana.

Además del Barroco tridentino, podemos apreciar en la historia de nuestro continente otros movimientos culturales que impactan en la Iglesia y en su tratamiento de la problemática de la Universidad y de la Cultura.

Dentro de estos movimientos, el Romanticismo latinoamericano tuvo una fuerte influencia en el modo en que la élite católica fue entendiendo a la Cultura como modo concreto en que las distintas acepciones de lo moderno van penetrando en nuestro continente.

El proceso de influencia del racionalismo y su posterior crítica tienen un correlato específico en la élite política y literaria, tanto católica como laica, que intenta asumir la Modernidad desde la consideración de una identidad edificada sobre la base de una mitología secularizada, en la cual la figura del pobre o del indígena pasan a ser un elemento más en este panteón mítico asociado al trazado modernizante, penetrando este movimiento incluso la médula misma del pensamiento católico, tanto en su comprensión de América Latina como en la interpretación de elementos de su propia espiritualidad³.

³ A nuestro modo de ver son la romántica francesa y española las que definen un acercamiento entre la élite romántica latinoamericana y el pensamiento católico, tanto en la dimensión cúltilo/ritual como en el plano de la experiencia religiosa. Una evidencia de ello lo constituye el estudio del historiador Marciano Barrios titulado: *La espiritualidad en los tiempos del Padre Hurtado*. Edit. Blas Cañas, Santiago, 1994. Donde se plantea que a pesar de la fuerte crítica que surge desde el mundo católico al individualismo propio del liberalismo originado en la influencia de la romántica, el espíritu heroico del Romanticismo sedimenta en la generación que impulsará definitivamente la emergencia del catolicismo social.

Se apela al recurso estético como mecanismo de comprensión intercultural. Es así como el “pobre” y el “indio” en abstracto pasan a configurarse en imágenes estilísticas que se mencionan como mecanismos de legitimación de las transformaciones modernizantes del orden social. Con las cuales el mundo católico latinoamericano se compromete, desde un primado ético que supera la visión del pecado como una realidad individual, y comienza teológicamente a plantearse la dimensión social del proceso de salvación.

La nueva cristiandad, antesala del catolicismo social de nuestro siglo, va estrechamente unida a la romántica laica, constituyéndose la romántica católica en un punto de encuentro con aquellas instituciones y movimientos sociales que viven, durante toda la mitad del siglo pasado y las primeras décadas de éste, un fuerte proceso de secularización; como es el caso del Estado, los gremios o los movimientos propios de la emergente clase media.

Este encuentro entre mundo católico y laico a partir de la interpretación romántica guarda una directa relación con la necesidad de la élite de un concepto de cultura, capaz de dar cuenta del “otro” en sus diferencias substanciales, es así como es la élite política y literaria la que, desde la corriente romántica latinoamericana, elabora un concepto de cultura aún antes que las Ciencias Sociales aportaran con el suyo, penetrando desde principios de siglo el propio pensamiento católico, como construcción semántica que permite interpretar mejor la realidad social en nuestro contexto.

En este escenario, la Universidad es vista como el crisol de la alta cultura, donde ciencia y arte se aúnan para generar sistemas que permitan interpretar la realidad a la luz de la fe, sobre todo en consideración de la necesidad de configurar una alternativa a la Universidad laica que, bajo modelos como los de la Universidad de Chile en nuestro país, amenazan con hegemonizar el campo cultural.

En base a lo anterior afirmamos que el movimiento romántico asociado a la élite romántica católica crean en Latinoamérica un concepto de Cultura antes de que lo hiciese la ciencia antropológica, lo cual determinó una autocomprensión tanto con respecto a los efectos del proyecto ecuménico del Barroco como del racional iluminismo.

Lo anterior se evidencia, por una parte, en el indigenismo de la primera mitad del siglo XX, fundamentado en una apelación estética, lo cual fue positivo como recuperación de lo indígena, pero negativo como caricaturización del mismo; y, por otra, en las numerosas transformaciones en la percepción del sujeto popular, desde la idea de “chusma” objeto de redención a “pueblo” actor de su liberación, categorías que se ven unidas a la analogización de corte biológico propia de la ciencia social clásica, definiéndose una encrucijada en la cual, tanto de áreas como la literatura y de las propias ciencias sociales, se extraen categorías en búsqueda de un lenguaje propio, aún no hallado, para la ciencia social latinoamericana.

En este proceso se evidencia una relación directa entre el surgimiento y consolidación de la Doctrina Social “para” y “desde” Latinoamérica y el surgimiento de las ciencias sociales en nuestro contexto, escenario que va definiendo un tipo de doctrina social abierta a las ciencias sociales pero que construye sus analogías desde concepciones metasociales.

Desde las analogizaciones de las ciencias sociales es indudable el aporte al pensamiento de figuras de nuestra Iglesia como Manuel Larraín, Alberto Hurtado o el propio Cardenal Silva ; sin embargo, el imperativo trascendental compuesto por la concepción teológica permite, en considerable medida, crear un lenguaje capaz de superar las analogías de la ciencia social y generar su propio vocabulario, donde la apelación escatológica define la lectura de la realidad.

Prueba de ello es la lectura de la misma institución universitaria, siempre en el límite, para la Doctrina Social, entre ser instrumento de

evangelización y el ser una institución dedicada a la reproducción y creación cultural, lográndose en el lenguaje de esta doctrina unir ambas consideraciones bajo un primado ético, que figuras como el Cardenal hacen vida en su pensamiento y en su praxis universitaria.

2.2. DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA Y CULTURA:

La Doctrina Social como sistema autónomo

En un intento básico de definición entenderemos por Doctrina Social de la Iglesia la manera por medio de la cual la Iglesia orienta al mundo católico en torno a “lo social”, ejerciendo de esta forma su magisterio a través de una enseñanza que es coherente por una parte con los fundamentos de nuestra fe, identificables en el Antiguo y Nuevo Testamento, y particularmente en la vida de Cristo mismo, y por otra recibe una profunda influencia de las elaboraciones de los Padres de la Iglesia, que pensaron en la “Cuestión Social” a la luz del evangelio.

Esta enseñanza es entregada en forma de documentos pontificios, textos redactados por congregaciones vaticanas, y a través de lo elaborado en sínodos y en reuniones de los distintos episcopados.

La Doctrina Social de la Iglesia no es una ideología alternativa ni una teoría social, sino más bien una luz para el camino del cristiano o para todo hombre “de buena voluntad”, a través de la cual la Iglesia entrega una guía al hombre en la sociedad industrial y post-industrial, ésta se inserta en el bagaje axiológico del cristianismo y al mismo tiempo constituye una instancia de reconciliación del pensamiento católico con la Modernidad, por lo que esta doctrina puede referirse a temas como la pobreza y el desarrollo, o el sentido de la Universidad Católica en el contexto latinoamericano.

La razón última por la cual la Iglesia ha entregado este mensaje está dada, sin duda, por “los signos de los tiempos”, la Iglesia mira a la

sociedad contemporánea y siente la necesidad de plantear sus puntos de vista en relación a ésta, para ello ha valorado el aporte de múltiples disciplinas sociales y de variados marcos de análisis, pero el eje que ha articulado sentido al discurso de esta doctrina ha sido la teología católica legitimada por el Vaticano.

Esta doctrina es históricamente una reacción a las condiciones de miseria imperantes fundamentalmente en Europa y América durante los siglos XVIII y XIX, en tanto frente a esta situación existieron en aquella época múltiples elaboraciones, que intentaron hacer un diagnóstico de la situación para levantar una propuesta de tipo ideológico. Los socialistas utópicos y Marx dieron muchas de las claves a partir de las cuales era posible hacer un análisis de la situación, y paralelamente se desarrolló en la Europa del siglo XIX una corriente denominada como “Catolicismo Social”, la cual aportó muchos elementos para la redacción de la encíclica *Rerum Novarum* en 1891.

Rerum Novarum marca el comienzo de la preocupación sistemática hacia la cuestión social por parte de la Iglesia contemporánea, si consideramos a la Iglesia como una institución que debido a su longevidad y envergadura lleva asociada una compleja “Cultura”, debemos decir que el comienzo de esta preocupación como “hecho eclesial” dio origen a un profundo cambio en la “Cultura Católica” a nivel mundial. Esto se hace evidente en el primer elemento del discurso católico, el que acarreó un terremoto de grandes dimensiones: Ya no puede justificarse el que existan los pobres alegando “Designio divino”, se sostiene que la miseria no es querida por Dios, ni tampoco es provocada por él, la miseria sería producto del egoísmo del hombre.

Esta idea lleva asociada una transformación que desplaza aquella lógica según la cual el equilibrio social se basaba en que debían existir “pobres resignados” y “ricos caritativos”, la nueva propuesta sostiene que el trabajador que, colaborando responsablemente en el proceso productivo, aún así vive en condiciones infrahumanas, debe, para

superar esto, organizarse con el fin de conseguir el respeto de sus derechos, los cuales posee en tanto persona humana e hijo de Dios.

Lo anterior se basa en la idea de que por sobre el Capital está la persona, ya que la Iglesia cree en la solidaridad universal. En este discurso en torno a la sociedad, en que el hombre está en el centro, y a partir de esta valoración, es que se destaca al trabajo como “fuente de dignificación” (véase *Laborem Exercens* de S.S Juan Pablo II) y se hace una “opción preferencial por los pobres” (véase Doc. de Puebla).

Sin embargo, no debemos pensar que por este afán de justicia social la Iglesia deja de valorar la iniciativa individual, al contrario, la Iglesia sustenta firmemente el valor del principio de subsidiariedad, según el cual el Estado debe apoyar la iniciativa individual con el fin de que en el seno de una sociedad a los miembros de ésta les sea posible el desarrollo de todas sus potencialidades, tanto en los planos político y económico como en el socio-cultural.

La Iglesia piensa que una sociedad justa no puede lograrse si no se consigue antes el desarrollo integral de todos los hombres, y en este desarrollo estaría, según la Iglesia, la base de toda liberación. Esta relación entre justicia, desarrollo y liberación está dada por el simple hecho de que el hombre sólo se desarrolla en tanto cuenta con lo necesario para su subsistencia, y en tanto puede organizarse y expresarse en forma libre.

La Doctrina Social de la Iglesia condena algunos esquemas de organización social en los cuales, o no se distribuyen los bienes en forma justa, o no se dan los márgenes necesarios para el desarrollo integral de la persona humana, dentro de lo cual el respeto a las expresiones culturales particulares es un eje fundamental.

Por otra parte, esta búsqueda de la justicia social no sólo señala las injusticias al interior de sociedades específicas, sino también dentro de

la comunidad internacional, la Doctrina Social de la Iglesia también condena aquella desigualdad producida por la existencia de “países ricos” y “países pobres”, y la brecha entre quienes generan la cultura de masas con carácter hegemónico y quienes la consumen, produciéndose un contacto cultural asimétrico que sólo reproduce la injusticia y la legítima⁴.

2.3. LA INCLUSIÓN DEL CONCEPTO DE CULTURA EN LA DOCTRINA SOCIAL LATINOAMERICANA ACTUAL

El concepto de Cultura es uno de los más utilizados en los últimos tiempos. Desde el concepto desarrollado por Tylor, que lo define como “...*aquella totalidad compleja que incluye conocimientos, creencias, arte, costumbres y cualesquiera otras aptitudes o hábitos adquiridos por el ser humano como miembro de la sociedad*”⁵.

A partir de esta definición el recorrido histórico del concepto ha sido abrupto, siendo principalmente la antropología socio-cultural la responsable de ubicarlo en la cúspide del debate. Así, en esta disciplina, el tránsito desde el estudio de los “primitivos”, hacia el análisis de las sociedades complejas, ha llevado al concepto de Cultura de ser un término genérico para denominar aquello propio de las sociedades no occidentales que era más difícil de definir, hasta ser un concepto de múltiples usos, que pasa a expresar los límites de la comprensión al interior de nuestra propia sociedad⁶.

⁴ Los párrafos anteriores han sido extraídos, a excepción de algunas modificaciones, del texto: *Pensamiento católico y sincretismo religioso latinoamericano*. Edit. Blas Cañas, Santiago, 1995.

⁵ Nos referimos al concepto antropológico desarrollado por E.Tylor a finales del siglo pasado que genera la primera distinción de las ciencias sociales entre el concepto etnocéntrico de civilización y el concepto de cultura en términos de la naciente ciencia social.

⁶ Weber, Max. *Economía y Sociedad*. F.C.E.México, 1988. Kant, Immanuel. *Filosofía de la Historia*. F.C.E. México, 1987.

La proyección concreta de este concepto en el ámbito de lo religioso es sin duda evidente, tanto en el mundo católico como en el protestante se habla de la conversión religiosa como un cambio que, en su aspecto más tangible, conlleva una transformación cultural. Es así como se habla de “cultura de la solidaridad”, “cultura del amor”, “cultura de la reconciliación”, en oposición dialéctica con otras culturas como “cultura del odio”, “la cultura de la muerte” y la “cultura del consumismo”.

En el escenario latinoamericano esta tendencia es aún más radical, debido principalmente al papel que el sincretismo cultural en general ha tenido en la constitución de nuestras sociedades. La proyección más concreta de esta tendencia se observa en el análisis socio cultural al interior de los documentos de Puebla y Santo Domingo, en tanto esta nueva valoración del concepto es sin duda la expresión de la manera que, en América Latina, se piensa la realidad a la luz de una matriz religiosa cristiana respecto de la cual, aunque pueda discutirse su relevancia, es imposible negar su existencia.

Es por tanto en la fértil interacción entre el concepto de Cultura y la Doctrina Social de la Iglesia, donde podemos insertar más adecuadamente aquel ámbito del pensamiento católico que define el modo en que, a partir de Puebla y Santo Domingo, se comprende la misión de instituciones con un inmenso peso social como la universitaria. Si la Iglesia intenta hablar de lo social en América Latina no le es posible obviar el papel de esta institución como creadora y reproductora de Cultura.

En nuestra opinión, a continuación de la línea de la Iglesia fijada en el Concilio Vaticano II y en Medellín, se comienza a gestar una nueva forma de análisis del fenómeno cultural al interior del pensamiento católico en nuestro continente.

A nivel histórico se entiende a la cultura latinoamericana como el producto de un “mestizaje cultural” originado en el aporte del indíge-

na, del europeo hispano-lusitano y de diversas corrientes migratorias, lo que ha determinado que desde el siglo XVI al XVIII se ensanchen las bases de esta cultura y de su substrato católico, a partir de una evangelización profunda que tiene la capacidad de penetrar la matriz cultural de este continente, sin que esto signifique que no existan interpretaciones autónomas por parte de los sectores populares.

Posteriormente, el advenimiento de la Modernidad trae consigo profundas transformaciones en el escenario latinoamericano, como es el caso de la proletarización y de la migración campo ciudad, lo que acarrea una transformación en la racionalidad del hombre de este continente, produciéndose “...no sólo una legítima y deseable secularización sino también el secularismo”.

Por su parte en el Documento de Santo Domingo se plantea primeramente la necesidad de una “nueva evangelización” que redefina el diálogo entre fe y cultura en América Latina, a partir del diálogo del evangelio con las culturas tradicionales, con lo moderno y con lo postmoderno.

En el análisis del devenir histórico se piensa el contacto entre lo español y lo indígena como un sincretismo esencialmente religioso. En tanto, el proceso de mezcla privilegia lo religioso como aquel punto de contacto en el cual se define el universo cognoscitivo del mestizo.

Es así como se ve a la ruptura generada por la conquista y la redefinición cultural que ésta provoca como un proceso en el cual la religión ocupa un papel de tal envergadura que desde el hecho religioso es posible explicarse otros ámbitos de la realidad social.

De este modo, el proceso de conquista, colonización y mestizaje deben ser interpretados desde la profundidad de la comprensión religiosa del mundo, vista ésta como edificadora del sentido oculto de la

historia, en tanto poseería la capacidad de modelar una identidad que mantiene el espíritu de la religiosidad natural del indígena y de la piedad católica de la España medieval; lo cual sincretizado y expresado en la cultura mestiza no hace más que producir fenómenos como el arte barroco latinoamericano en el cual esta sincretización religiosa está presente. Es así como en el Documento de Santo Domingo se lee:

“... Como consecuencia, el encuentro del catolicismo ibérico y las culturas americanas dio lugar a un proceso peculiar de mestizaje, que si bien tuvo aspectos conflictivos, pone de relieve las raíces católicas así como la singular identidad del continente. Dicho proceso de mestizaje, también perceptible en múltiples formas de religiosidad popular y de arte mestizo, es conjunción de lo perenne cristiano con lo propio de América, y desde la primera hora se extendió a lo largo y ancho del continente” .

En este contexto de creación cultural desde una matriz religiosa se presentaría la religiosidad popular como la más excelsa expresión de esta identidad mestiza.

Muy vinculados con la preocupación sustantiva planteada respecto de la acción pastoral sobre las formas religiosas sincréticas populares, surge un lineamiento esencial. Es la denominada **“evangelización inculturada”**, la que tendría su núcleo en el respeto de las formas culturales en las que la evangelización penetra, de forma tal que ésta permanezca en cada cultura, particularmente las indígenas y las afroamericanas, unida a la cultura toda, inserta dinámicamente de manera que el contenido evangelizador deja rápidamente de ser un elemento externo para pasar a ser un elemento más de la cultura, que es, así, evangelizada.

No sólo se trata de renovar los métodos pastorales sino de realizar una reflexión teológica que acompañe el proceso evangelizador, lo cual tiene como consecuencia por una parte la efectividad del intento de inculturar el evangelio , y además, conlleva procesos anexos como

la “promoción humana de las etnias”, pre-requisito de toda evangelización fecunda, así Santo Domingo nos dice:

“...Para una auténtica promoción humana, la Iglesia quiere apoyar los esfuerzos que hacen estos pueblos para ser reconocidos como tales por las leyes nacionales e internacionales, con pleno derecho a la tierra, a sus propias organizaciones y vivencias culturales, a fin de garantizar el derecho que tienen de vivir de acuerdo con su identidad, con su propia lengua y sus costumbres ancestrales, y de relacionarse con plena igualdad con todos los pueblos de la tierra”.

Es así como la inculturación de la fe tanto en las formas culturales indígenas, afroamericanas, populares urbanas y rurales, implica un asumir al “otro cultural “ en toda su multiplicidad conductual y axiológica, por lo cual se debe reconocer los rasgos primordiales y secundarios de cada cultura.

Sin embargo, esta tolerancia intercultural no implica una lectura en el vacío. La ciencia social apoya el reconocimiento y la traducción de la cultura del otro a los términos culturales del evangelizador. Pero las ciencias sociales sólo pueden ser instrumentos del discernimiento de la evangelización, ya que ésta además se mueve en base al bagaje valórico de la teología católica, por lo que la conducción última de la pastoral le cabe al teólogo.

En Santo Domingo, desde el concepto de cultura las ciencias sociales mantienen su papel como iluminadoras del discernimiento teológico en el plano cultural.

Pensamos que en los documentos de Puebla y Santo Domingo existe un significativo aporte de las ciencias sociales en función de mejorar la comprensión de la cultura de América Latina, en tanto se sostiene que éste sería el modo más efectivo de realizar una mejor y más profunda evangelización.

Tanto en el documento de Puebla como en el de Santo Domingo se asume una distinción entre los conceptos de Sociedad y de Cultura, a partir de una separación anterior entre estas dos instancias donde la Modernidad se expresa.

La Sociedad es comprendida como la sumatoria de las acciones de los sujetos inmersos en un devenir histórico, lo que está determinado por un proceso de asimilación y reinterpretación de los valores compartidos.

Por su parte, la Cultura es vista como el conjunto de valores que definen la racionalidad propia de una sociedad, en este caso la de la sociedad latinoamericana.

En este sentido vemos que se asumen claramente categorías que niegan la existencia de una relación de identidad entre la sociedad, entendida como una estructura, y los valores, entendidos como los articuladores de las acciones sociales. Es así como, por ejemplo, el reordenamiento de la sociedad expresado en la implementación de estrategias de desarrollo, chocaría con una identidad cultural poseedora de valores con una orientación radicalmente distinta. Es por ello que la evangelización pasa a ser un esfuerzo radical por el cambio cultural, pero sin que esto signifique negar una identidad mestiza sincrética precedente.

Es así como la enculturación, concepto tomado del análisis antropológico de la cultura, es un tópico recurrente, en tanto un proceso enculturativo podría orientar un cambio cultural, lo que daría paso al cambio en la estructura social. La nueva evangelización sería en este contexto un esfuerzo por “dar razón de nuestra esperanza” sin que esto signifique negar la cultura del evangelizado, sino por el contrario conlleva un asumir el fértil terreno que constituye las formas culturales latinoamericanas.

A partir de lo anteriormente expuesto podemos afirmar que la misión de una Universidad Católica, pasa a definirse desde el esfuerzo

de la Iglesia por evangelizar la cultura a la medida de las personas concretas objeto de evangelización⁷.

Para lograr lo que el Documento de Puebla define como la “...*promoción de una cultura integral capaz de formar personas que sobresalgan por sus profundos conocimientos científicos y humanísticos; por su testimonio de fe ante el mundo*” (ge. 10) y que el Documento de Santo Domingo plantea como la solución “...*de los complejos problemas no resueltos de la cultura emergente*” (268).

2.4. EDUCACIÓN Y CULTURA EN LA DOCTRINA SOCIAL: La educación como espacio de evangelización de la cultura

Cuando el Cardenal Raúl Silva Henríquez asume su vocación religiosa, decide buscar una orden que le permitiese moldear su carácter y orientar su acción hacia un carisma definido, es así como considerando su condición de abogado lo obvio hubiese sido su ingreso a la Compañía de Jesús, sin embargo el destino es caprichoso y no quiso que este joven egresado de Derecho ingresara a la dirección espiritual de los padres jesuitas.

Estaba destinado en cambio a que por el contacto con el Padre Valentín Panzarasa, uno de los grandes impulsores del catolicismo social en nuestro país, conociese la personalidad de Don Bosco, el santo iniciador de la obra salesiana.

En sus memorias nos plantea claramente que es el carisma de los Salesianos como educadores de cara al mundo moderno, particularmente preocupados por la formación de buenos ciudadanos cristianos aquello que sedujo a nuestro futuro Cardenal.

⁷ *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la Cultura Universitaria*. Ciudad del Vaticano.

Tomando en cuenta lo anterior, podemos afirmar que desde el inicio de su formación sacerdotal existió un impulso ético dirigido a la educación como modo de concretar el amor al prójimo, en pos de la formación de éste en una diáda que vincula formación espiritual y desenvolvimiento social y evidentemente también “político”, en el sentido más cristiano del concepto de política, como espacio de participación en la búsqueda del bien común.

Sin embargo, no podemos pensar que este primado ético que ve a la educación como la concreción del amor al otro se halla fundamentado siempre sobre los mismos principios, es así como en el mismo periodo de ingreso del Cardenal a la congregación salesiana vemos oponerse visiones distintas de la misión social del cristiano y por lo tanto del modo en que la educación católica debe orientarse en la formación de la persona.

En este período el Padre Valentín Panzarasa define en gran medida en el Cardenal el sentido de su visión de la educación, haciéndole optar por un tipo de catolicismo social de avanzada para la época.

La opción educacional de este sacerdote se expresa claramente en un libro denominado *El veneno de la serpiente*, en el que alertaba en torno a los peligros del descuidar la justicia social en nuestros países, lo cual dicho sea de paso le significó grandes problemas. Respecto del nuevo sentido de la educación católica que el promovía planteaba: “...la educación dada por la mayoría de las escuelas católicas específicamente tales, podría pasar en otros tiempos en que el individuo tenía menos intervención activa en el modo de ser del estado social. No para los presentes en que las minorías selectas o las individualidades fuertes son las que arrastran a las multitudes”; y luego agregaba: “Ya no podrá llamarse católico y menos serlo, el educador o el colegio que descuide enseñar con esmero las doctrinas sociales de la Iglesia” (Panzarasa: 1937, 44-45)⁸.

⁸ Panzarasa, Valentín. *El veneno de la serpiente*. Taller Casa Nacional del Niño, Santiago, 1937.

No debemos olvidar que en la década del 30 se oponían en el país distintas visiones de Iglesia.

Por una parte los sectores conservadores ostentaban un tipo de pensamiento católico asociado a la clase política y económicamente dominante que asignaba un rol exclusivamente espiritual a la Iglesia, ocultando el hecho de que intentaban asociarla a la legitimación de su poder, para ellos las encíclicas sociales significaron un verdadero temblor del cielo como ruptura en la ya tradicional alianza entre Iglesia y Poder en América Latina.

Paralelamente a esta transformación del vínculo entre Iglesia y Sociedad se va definiendo fuertemente otra postura impulsada por personalidades católicas, muchas de ellas vinculadas a las congregaciones Salesiana o Jesuita, que intentaban ser fieles a la enseñanza social de la Iglesia.

La “Crisis de la Polis Oligárquica”⁹ (Morandé, 1978a:189), es decir, la crisis de los valores y modos de vida de la aristocracia latinoamericana de principios de siglo, motiva reacciones adversas frente a la injusticia social reinante, por parte de sectores de la Iglesia Católica. Esto tiene su expresión más alta en las nuevas posiciones tomadas por algunos de los más prominentes intelectuales católicos de ese período. Estos comienzan a preocuparse más por el progreso de las clases baja y media, que por la sobrevivencia de las tradiciones.

Es así como desde las década del 30 se hace presente una visión denominada genéricamente como “catolicismo social” el cual desemboca, junto a otros actores emergentes, en una postura de carácter “desarrollista”. Este desarrollismo de inspiración católica sostenía que

⁹ Morandé, Pedro. “Consideraciones acerca de la discusión actual sobre sincretismos religiosos y religiosidad popular en América Latina”, en: *Anuario del Intercambio Cultural Alemán Latinoamericano*. 1978.

se debía emular a los países industrializados en su forma de llegar al desarrollo económico y social¹⁰.

Esta nueva postura tuvo, entre otras consecuencias, el surgimiento de la preocupación por la llamada “cuestión social”, la generación de un sistemático y progresivo intento de acercamiento de la Iglesia hacia el mundo popular, definiéndose el rol de la Iglesia básicamente como “promocional”, en tanto se intentaba superar el inmovilismo de numerosos valores presentes en el mundo popular.

La base de apoyo para esta nueva orientación es la emergente clase media y la principal motivación para la acción es el intento de presentar una alternativa frente al marxismo, el que, según lo planteado por figuras descollantes como el jesuita chileno Alberto Hurtado, “...*Amenazaba con conquistar definitivamente a la clase obrera*” (Cfr. Lavín, 1980).

El apoyo ideológico e institucional a esta postura, fue dado por Encíclicas Papales como *Rerum Novarum*, de León XIII y *Quagragésimo Anno*, de Pío XI.

En el período del Cardenal como estudiante universitario nos es posible apreciar, sin embargo, una universidad católica que como institución se encuentra reconcentrada sobre sí misma, sin un movimiento estudiantil congregante ni prepositivo, lo cual está, sin duda, vinculado con el fuerte carácter anticlerical del movimiento estudiantil chileno de la época, lo cual se expresa claramente en las editoriales de la Revista Claridad, órgano oficial de difusión de la FECH, con opciones que Mario Góngora caracteriza como anarquistas, igualitarias y

¹⁰ Las ideas en torno a la historia del catolicismo social han sido desarrolladas desde una perspectiva sociológica por autores como Pedro Morandé y Carlos Cousiño, y en nuestro texto *Manual de introducción al análisis cultural de la religión*. Edit. Blas Cañas, Santiago, 1996, existe una revisión antropológica en torno a estas transformaciones.

libertarias¹¹ influidas por una fuerte dosis de positivismo, en tanto se identifica a la Iglesia con la defensa de los privilegios de la élite plutocrática.

Aquel escenario se ve fuertemente modificado debido a la acción de personalidades que asumen en profundidad los textos pontificios sobre doctrina social, haciéndolos vida en su labor cotidiana.

Este espíritu inunda a los seguidores del catolicismo social, es así como cuando Monseñor Manuel Larraín en la década de los sesenta idea la frase “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”, no hace más que graficar la confianza de la Iglesia en los megaproyectos desarrollistas, en los cuales la élite latinoamericana se compromete, de forma tal que la praxis pastoral identifica sus objetivos con los del cambio social, definiendo una comprensión de la realidad latinoamericana en la cual se supone una relación de identidad entre la modificación de la estructura social y la modificación de los valores.

La Iglesia, por lo tanto, forma parte de esa élite que desde una “modernidad inducida” comprende el cambio sociocultural como un requisito para el logro de la justicia social, entendiendo a la identidad cultural latinoamericana como un terreno de evangelización donde la Iglesia une en su práctica pastoral y su discernimiento teológico la cristianización de la sociedad con la modificación de los valores que posibilitan la existencia de estructuras de pecado social.

Con este prisma, la educación católica puede ser vista, desde mediados de siglo, como parte de una estrategia de la élite política e intelectual de inspiración católica, en tanto se le identifica como un instrumento para el logro del desarrollo, con el primado formal de que a mayor educación racionalmente estructurada entonces mayor posi-

¹¹ Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Ediciones La Ciudad, Santiago, 1981.

bilidad de un cambio más substancial en los valores de los sujetos particulares, lo que visto a nivel macro-social implicaría una modificación en la estructura social.

La educación adquiere, por lo tanto, un carácter concientizador: por una parte entregaría al educando destrezas para manejarse dentro de la modernidad, y por otra generaría individuos concientes de las injusticias estructurales de las cuales son objeto o sujeto como parte de la élite intelectual económica o política, como actores de la emergente clase media o como parte de los grupos oprimidos.

Al interior de este contexto la obra de Monseñor Silva es fiel reflejo del compromiso ético del clero con la justicia social desde el desarrollo, en tanto el cambio valórico que la educación acarrearía por medio de su evangelización, estaría unido a una lucha específica por el mejoramiento de las condiciones de vida de los sujetos específicos. El amor al prójimo hecho proceso educativo, se expresa, en la obra de Monseñor Silva Henríquez, en su preocupación por lograr no sólo la conversión del sujeto educado, sino también en la entrega de una conciencia crítica que le permita cuestionar las estructuras de pecado respecto de las cuáles o forma parte o es víctima.

La educación promovida por Monseñor Silva en su praxis educacional como directivo de colegios católicos, consistía en un proceso de adquisición de valores que, imbuido fuertemente en el espíritu salesiano, diera como resultado la generación tanto de buenos cristianos como de buenos ciudadanos, siendo ambas cosas para Monseñor Silva Henríquez, al igual que para Don Bosco, objetivos formativos moralmente inseparables para la Iglesia de cara al mundo moderno.

Desde el plano educativo, el vínculo identitario entre dinámica de la estructura social y dinámica de los valores, se expresa en la obra de la primera mitad de este siglo realizada por Monseñor Silva Henríquez, en su fe en que sólo desde la educación será posible construir una

sociedad más justa. Esto se proyecta en el pensamiento y la acción del prelado en torno a la problemática universitaria.

2.5. EVANGELIZAR LA CULTURA DESDE LA EDUCACIÓN Y DE CARA A LA REALIDAD SOCIAL

En su dimensión sociológica la educación puede ser definida como un proceso de transmisión de categorías culturales que permite la reproducción simbólica y conductual de la sociedad.

Para la Iglesia es mucho más que eso, en tanto supera su función social para estar referida al sentido último, meta social de la cultura. En *Gaudium et Spes* se plantea: "...la persona humana, únicamente por la cultura es decir, por el cultivo de los valores y de los bienes naturales, puede alcanzar su verdadera y plena humanidad" (*Gaudium et Spes*: 53)¹², por lo tanto, desde nuestra perspectiva, una cultura como sujeto de la evangelización es más que una realidad social e histórica, se fundamenta más bien en el imperativo de la humanización desde una perspectiva cristiana; así lo plantearon los Obispos en Puebla cuando señalaron: "...La educación es una actividad humana del orden de la cultura; la cultura tiene una finalidad esencialmente humanizadora" (cfr. GS. 53,55,56,59,61. Documento de Puebla, 1024)¹³.

En base a lo anterior, podemos afirmar que la educación formadora en los valores católicos excede lo que podría ser un contenido formal y va más allá de ser un objetivo transversal que atraviesa todo el proceso enseñanza aprendizaje, para convertirse en un modo preciso y

¹² "Gaudium et Spes", en *Documentos completos del Concilio Vaticano II*. Edit. El Mensajero, Bilbao, 1981.

¹³ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. "La evangelización en el presente y futuro de América Latina". *Documento de Puebla*. Conferencia Episcopal de Chile, 1982.

válido de dar testimonio del reino. Es así como en el documento de Santo Domingo se plantea: “...Reafirmamos lo que hemos dicho en Medellín y Puebla(cf. *Documentos de educación , Medellín y Puebla*) y a partir de allí señalamos algunos aspectos, que son importantes para la educación católica en nuestros días... La educación es la asimilación de la cultura. La educación cristiana es la asimilación de la cultura cristiana. Es la inculturación del evangelio en la propia cultura” (Doc.de Santo Domingo.263)¹⁴.

Si nuestro intento es caracterizar la preocupación por el vínculo entre evangelización de la cultura y educación, en el contexto latinoamericano y desde la Doctrina Social, primeramente debemos dar cuenta del contexto en que se expresa el fenómeno educativo y el vínculo que entre él y el actual escenario latinoamericano se puede establecer.

El preguntarse hoy por la problemática educacional en nuestro continente, en cualesquiera de sus dimensiones, implica preguntarse, para autores como Manuel Antonio Garretón¹⁵, Eugenio Tironi¹⁶ y Guillermo O’Donnell¹⁷, en torno al tránsito desde regímenes autoritarios hacia sistemas democráticos, lo cual acarrearía el repensar el vínculo entre Estado y sociedad civil.

Para Garretón, la redemocratización es obstaculizada por variables institucionales y culturales, y en ambos casos ello guarda relación con la sobrevivencia de “enclaves autoritarios”, bajo la forma de instituciones y de prácticas culturales poseedoras de un alto nivel de verticalidad, conllevando lo anterior la necesidad de superar tanto

¹⁴ IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. *Nueva Evangelización. Promoción Humana. Cultura Cristiana*. Octubre 12-28 de 1992.

¹⁵ Garretón, Manuel Antonio. *Reconstruir la política*. Andante, Santiago, 1987.

¹⁶ Tironi, Eugenio. *Autoritarismo, modernización y marginalidad*. Edit. SUR, Santiago, 1990.

¹⁷ O’Donnell, Guillermo. *El estado burocrático autoritario*. Edit. Belgrano, Buenos Aires, 1988.

institucional como culturalmente el “proyecto refundacional” implementado durante el periodo de gobierno militar.

En este proyecto el imperativo liberador de la educación como evangelización de la cultura no tendría ningún papel, puesto que no existiría nada más opuesto a la posibilidad de liberación, tanto del pecado social como del pecado individual, que un tipo de educación nihilista diseñada desde la necesidad de pasar desde un régimen autoritario hacia otro de capitalismo salvaje.

Este fenómeno se acentúa en países como el nuestro, en que vivimos una situación de dualismo donde “...*existen pequeños sectores plenamente integrados a la modernización, frente a amplias mayorías marginalizadas cultural, social y económicamente*” (Tironi: cfr, 1990), sobre todo después de un largo periodo de gobiernos militares surgidos en toda América Latina, en los cuales se configuró un tipo de Estado de carácter “burocrático-autoritario” (O’Donnell: 1988,74), en cuyo interior numerosos actores civiles fueron sistemáticamente discriminados, teniendo frente a ello, la Iglesia latinoamericana como conjunto, una posición fuertemente crítica respecto al costo social impagable que la marginación implica.

Lo anterior implicaría, en el plano de la Educación en nuestro país, la necesidad de un proceso de reflexión y de sistematización de experiencias empíricas que aún no se ha realizado, puesto que “...*falta una implementación de políticas desde estudios que evidencien cuáles son las percepciones de los actores desde la crisis del estado benefactor*” (Cfr.:De Munck,1995)¹⁸, es decir desde las reformulaciones de los últimos años, donde el Estado se aleja de su rol como “Estado Docente” y pasa a definirse desde un rol esencialmente subsidiario.

¹⁸ De Munck, Jean. “Estados de Bienestar y nuevas formas de ayuda social”. Rev. *Perspectivas*, N° 1, Santiago 1991.

Si, como hemos señalado en el capítulo anterior, la visión de la Iglesia es fuertemente crítica respecto del costo social del desarrollo y particularmente en lo relativo al rol de la educación en este proceso, vemos como necesaria la búsqueda de marcos analíticos que nos permitan interpretar nuestra realidad educacional y fijar los límites entre el reconocimiento de los logros y el cuestionamiento de los procesos de transformación, en toda la inmensa diversidad y variabilidad con que estos procesos se nos presentan.

En relación a esta problemática, el sociólogo francés Pierre Bourdieu nos plantea que para comprender los fenómenos socio-culturales, éstos deben ser tratados como instancias donde interactúan distintos discursos, teniendo estos discursos relación tanto con “habitus”, como con “mercados” distintos. Estos discursos surgen, a su vez, de campos distintos y representan un acceso diferencial a los capitales.

Para Bourdieu la posibilidad de edificar una Sociología de la Educación pasa por la necesidad de dar cuenta de todo proceso educativo como un proceso de transmisión de “habitus”, entendido éste como un sistema de esquemas interiorizados que permiten engendrar todos los pensamientos, las percepciones y las acciones características de una cultura.

La educación definida como proceso de transmisión de categorías culturales es para Bourdieu un instrumento de “reproducción” de la cultura, sin embargo, esta reproducción es un fenómeno complejo y heterogéneo¹⁹, en tanto la educación juega un papel fundamental en la reproducción cultural de las desigualdades²⁰, de manera tal que la educación como fenómeno cultural en su particularidad presenta una gran complejidad: por una parte, reproduce elementos provenientes

¹⁹ Cox, Cristián. “Clases y transmisión cultural”, *Investigaciones Cualitativas de la Realidad Escolar*, Santiago, Chile, 16-28, julio de 1984.

²⁰ Bourdieu, Pierre. *Society and Culture*. Sage Publ. London, 1977.

de culturas distintas y por otra, constituye un espacio donde operan las identidades o “ethos”, de clases particulares, de los miembros de los grupos étnicos o sociales que son los actores de este proceso.

Desde nuestra opción ética cabe preguntarnos cómo evangelizar la cultura desde la educación, considerando tanto variables culturales como socio-estructurales.

2.6. HABITUS Y EDUCACIÓN CATÓLICA

En nuestro entender, la tarea fundamental que aquí nos debemos proponer es dar cuenta del modo en que el habitus educacional católico se expresa en el pensamiento de un prelado como el Cardenal Raúl Silva Henríquez y del modo en que su obra y su reflexión han contribuido a ensanchar los límites del mismo; si un “habitus educativo” no es una estructura rígida, entonces podemos comprender analíticamente que la conducta y la visión de los sujetos concretos tampoco lo sean, en particular de personas que como Monseñor Silva Henríquez tienen en sus manos la conducción del fenómeno educativo tanto en términos de la acción social como de la reflexión valórica, sobre todo en el actual esfuerzo de la Iglesia por colaborar en la construcción de una cultura democrática en nuestro país.

Puntualmente, Bourdieu nos plantea que para comprender los fenómenos socio-culturales, éstos deben ser tratados como instancias donde **interactúan distintos discursos, teniendo estos discursos relación tanto con “habitus” como con “mercados” distintos. Por otra parte estos discursos surgen a su vez de campos distintos y representan un acceso diferencial a los capitales.**

En la teorización de este autor, por ejemplo, la expresión lingüística o discurso es el producto de la sumatoria entre el habitus lingüístico más el mercado lingüístico: “...*hay un mercado lingüístico cada vez*”

que alguien produce un discurso dirigido a receptores capaces de evaluarlo, apreciarlo y darle un precio” (Cfr. Bourdieu, 1982)²¹ y *“El habitus lingüístico definido a grandes rasgos se distingue de una competencia en el sentido chomskiano porque es el producto de las condiciones sociales y porque no es simple producción de discurso sino producción de un discurso que se ajusta a una ‘situación’, o más bien a un mercado o un campo”* (Bourdieu, 1990,144)

El habitus educacional católico en nuestro país, cuya estructura básica está definida por los enunciados de la Doctrina Social, está compuesto por un conjunto de valores ligados tanto a la opción ética por la transformación de las estructuras sociales injustas o “estructuras de pecado”, como también por la reformulación en la identificación del vínculo entre estructura y valor, lo cual ha llevado a este habitus educacional a reconocer las peculiaridades culturales del contexto latinoamericano y nacional, para embarcarse en un proceso de evangelización de la cultura, el cual puede ser tratado como un aporte al “habitus educativo” precedente, pero no como una innovación total en tanto su potencialidad se encuentra incluso en la patrística y en los propios evangelios, particularmente en lo que respecta a la “teología paulista”.

Este habitus educacional estaría compuesto básicamente por valores como la certeza de la dimensión colectiva del pecado social, lo cual nos hace solidariamente responsables de las injusticias estructurales; la tolerancia a la diferencia; el respeto a la persona humana en su particularidad y también en la profunda identificación con los signos de los tiempos, lo cual lleva a los intelectuales católicos a escrutar tanto los escenarios políticos como socioculturales para contextualizar la praxis educativa.

Esta situación ha generado un juego entre los campos político, religioso y propiamente cultural, según el cual, el “habitus educativo” se

²¹ Bourdieu, Pierre. *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques.* Fayard, Paris, 1982.

va reformulando respondiendo a los valores que conforman su estructura básica, pero alerta en lo que respecta a los cambios tanto en la dinámica del sujeto popular como en los flujos culturales que van transformando a las clases medias y a la élite. Es así como vemos un habitus educacional fuertemente comprometido, primero con la romántica, luego con los megaproyectos desarrollistas y hoy con la crítica culturalista al desarrollo, derivada de las crisis que lo moderno ha vivido en nuestro continente.

2.7. EL CONCILIO COMO ACTO DE CREACIÓN

El nacimiento del social cristianismo con figuras tan preclaras como Fernández Pradel o Viviani, seguidos por figuras como Alberto Hurtado, Manuel Larraín y el propio Cardenal, involucra un giro copernicano para el mundo católico chileno, lo cual conlleva un compromiso con el cambio social como camino en la construcción del Reino de Dios, sin embargo ¿qué es lo que hace que este mundo católico rompa con su adhesión al conservadurismo y opte por la modificación de las estructuras sociales como esfuerzo de construcción colectiva del Reino?

Para nosotros se trata, ante todo, de una lucha intensa entre bloques ampliamente divergentes, tensión que sólo llega a atenuarse con el ascenso al episcopado de figuras preclaras del social cristianismo, entre las que destaca el Cardenal y también por la ingerencia del Concilio Vaticano II.

Con la perspectiva de los años y asumiendo la fuerte crítica que la postmodernidad ha planteado a los proyectos de cambio sociocultural de tipo radical, el Concilio Vaticano II como creación colectiva no deja de asombrarnos. El Espíritu Santo tiene mecanismos diversos que sólo él conoce, es por ello que Giuseppe Roncalli, un cardenal de avanzada edad al cual se le elige como “Papa de transición”, fue el

hombre llamado a transformar la Iglesia, su postura de “abrir la ventana” para dejar entrar la luz a la Iglesia se concretiza por una parte en sus encíclicas, sobre todo en *Mater e Magistra* (1961), y en su impulso decidor hacia el Concilio.

Es posible plantear tres grandes ejes o ideas fuerza que orientaron a los padres conciliares:

2.7.1. LA TOLERANCIA HACIA LA MODERNIDAD COMO EXPRESIÓN CONCRETA DE AMOR AL HOMBRE

Se plantea una postura según la cual “...los gozos y las esperanzas, las tristezas de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”. Esta nueva forma de acompañar al hombre concreto reconoce la necesidad de la tolerancia hacia todas las expresiones de su vida en el mundo. Se ve a la libertad religiosa como expresión del respeto que la Iglesia tiene frente a las distintas formas de entender a Dios y también como expresión del respeto hacia el no creyente, esta visión profética por parte del Concilio Vaticano II abre el camino para que posteriormente se realizaran, desde el pontificado de Paulo VI en adelante, iniciativas tendientes hacia el entendimiento ecuménico y se crearan y respaldaran instituciones como el Secretariado Vaticano Para Los No Creyentes.

Este espíritu de tolerancia se proyecta también hacia el ámbito específico de la tolerancia cultural, el Concilio Vaticano II visualiza al “otro cultural” como un prójimo y como un hijo de Dios, lo que conlleva un profundo respeto hacia la variabilidad cultural, esta idea también tendrá una concreción en años posteriores al Concilio Vaticano II en obras que tenderán al acercamiento hacia diversas realidades culturales y en la redacción de documentos como la exhortación apostólica de Paulo VI *Evangelii Nuntiandi*.

También pensamos que el pluralismo ideológico fue un valor fundamental para los padres conciliares, para ellos el respeto hacia el hombre concreto pasaba por el respeto a su ideología, ya que la ideología, del mismo modo que la ciencia, es para ellos una manera en que el hombre ordena y comprende la realidad, la Iglesia a través del Concilio Vaticano II asume esta autonomía del hombre para ordenar su realidad, en el texto “Constitución Pastoral Sobre La Iglesia en el Mundo Actual” se señala: *“Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores que el hombre ha de descubrir , emplear y ordenar, poco a poco es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía”*.

Esta visión en torno a la capacidad del hombre para discernir ha posibilitado que la Iglesia sea capaz de dialogar con personas de las más diversas ideologías y ha dado libertad a los católicos para “ordenar” la realidad social con amplia libertad , dentro de marcos éticos. Un ejemplo de la realización concreta de esto es la carta de Paulo VI al cardenal M. Roy titulada “Octogésima Adveniens” la cual trata sobre el discernimiento frente a las ideologías.

2.7.2. EL ESPÍRITU DE CAMBIO DE LOS PADRES DEL CONCILIO COMO VOLUNTAD COLECTIVA

Es realmente admirable la forma como la Iglesia por medio de los padres conciliares y de los expertos, es capaz de elaborar y de asumir un proyecto de transformación eclesial de proporciones realmente gigantescas y es en este sentido que el Concilio Vaticano II, comprendido dentro de su tiempo, tuvo que vérselas con tres hechos, que si no fuese por la intervención del Espíritu Santo podrían haberse convertido en escollos insalvables:

- i) Debieron trabajar en conjunto cientos de sacerdotes, religiosos, cardenales y expertos, los cuales provenían de las más diversas razas y

culturas, hombres que hablaban diferentes lenguas y que en muchas ocasiones tenían ideas distintas en lo que respecta a sus formas de entender la sociedad y de entender también a la Iglesia. Sorprende que esta heterogeneidad no acarreará el que la Iglesia no pudiese tomar actitudes en conjunto frente a la modernidad, sobretodo si se considera que Pío XII inició durante su pontificado un proceso en el cual la curia romana y el colegio cardenalicio se convierten en algo mucho más multinacional y pluricultural en su composición.

- ii) Es indudable que a la Iglesia le correspondió realizar este Concilio Vaticano II en tiempos verdaderamente tumultuosos, la secularización creciente de la sociedad contemporánea asociada a diversos hechos políticos, sociales, económicos y culturales que transformaron a la faz de la tierra en la post-guerra, hacen valorar inmensamente la voluntad de la Iglesia de discernir en medio de una realidad compleja, ya que sin duda no fue fácil para los hombres del Concilio Vaticano II obrar a partir de las enseñanzas de Cristo, interpretando una realidad llena de contrastes.
- iii) Muy vinculado con lo anterior, es importante destacar el valor de Juan XXIII y de Paulo VI para asumir el cambio, puesto que esta transformación significó para muchos un verdadero terremoto. Para poder dialogar con la modernidad la Iglesia debió asumir un doloroso proceso. En el Concilio se señala: "Es la persona del hombre la que hay que salvar, es la sociedad humana la que hay que renovar". Es, por consiguiente, el hombre, pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, quien centrará las explicaciones.

2.7.3. UNA EVANGELIZACIÓN CENTRADA EN EL HOMBRE

Finalmente es necesario hacer referencia a esta nueva dimensión que toma la evangelización a partir del Concilio Vaticano II. Si el respeto,

la tolerancia y el amor al hombre definen al Concilio, la forma de hacer Iglesia ya no podía ser la misma y por consiguiente la evangelización tuvo que ser en gran medida replanteada.

Aunque es imposible desconocer el valor de la labor de la Iglesia pre conciliar, el Concilio Vaticano II reestructura la tarea de la Iglesia en el mundo en cuanto centra su labor en la persona humana, la reelaboración antropológica es tan profunda en el discurso de la Iglesia que toda acción desde el Concilio Vaticano II en adelante responde al objetivo último de poner al hombre como centro del proceso evangelizador; la Iglesia conciliar asume la utilidad de los medios de comunicación de masas con lo cual evidentemente deja entrever que este replantear la evangelización a partir del hombre concreto implica una búsqueda de ese hombre específico sobre la base de dos principios eje:

- a. Una solidaridad profunda con todo el género humano.
- b. Un reconocimiento de la “adulter” de la humanidad.

En definitiva, la Iglesia evangeliza a partir del hombre, por amor de Dios y sobre la base de un profundo respeto a las peculiaridades de la persona humana, si entre los principios que orientan a la Iglesia post-conciliar está la idea de que la ésta tiene una misión estrictamente religiosa, es por que se comprende que el replantear la evangelización a partir del hombre conlleva el que no se pueda servir “a todos los hombres y a todo el hombre” adoptando posiciones de tipo parcial frente a la realidad. Sin embargo, esta idea ha sido muy mal comprendida por algunos que piensan que no asumir posiciones parciales quiere decir no asumir ninguna posición.

El esquema axiológico que orienta la acción de la Iglesia no obliga al clero a no asumir posiciones frente a la realidad, la Iglesia ha sido valiente al defender al hombre concreto y sobre todo al hombre concreto más desvalido socialmente. Denunciar el pecado social y a las

estructuras de pecado que lo hacen posible y lo legitiman no es una opción parcial frente a la realidad, tiene más bien que ver con el soplo profundo del evangelio, el replantear la evangelización por amor al hombre tiene más que ver con el aliento de las palabras de Cristo que con discursos de tipo ideológico.

Sin duda el Concilio Vaticano II fue el discurso a partir del cual la Iglesia articuló nuevamente sentido en torno a su acción en el mundo, con un nivel de efectividad tal que hoy podemos ver los primeros signos de cómo a partir de lo elaborado por los padres conciliares la Iglesia ha sido capaz de evangelizar algunos elementos relevantes de la cultura moderna y de la cultura postmoderna, por medio de la creación de sentido común en torno a una revalorización del hombre, lo cual ha sido incluso asumido por hombres de “buena voluntad” no cristianos.

2.8. TRANSFORMAR EL ANÁLISIS DESDE LA MISMA FIDELIDAD

Para J.B. Libanio, la vida religiosa en América ha experimentado dos grandes rupturas en lo que respecta al vínculo entre discernimiento teológico y acontecer socio cultural; la primera de estas rupturas se genera en el Concilio Vaticano II cuando “...*se imponen como predominantes los problemas del sujeto social moderno burgués nacido de la revolución industrial capitalista*”, en tanto “...*en su universalismo, la Iglesia continúa intentando responder a los problemas de todos sus hijos sin exclusión, sin embargo, las condiciones sociales y culturales(...) provocan el hecho de que un sujeto social se vuelva principal*”(Libanio: 1982, 66)²².

La otra gran ruptura es la generada por el aporte de los documentos de Medellín y Puebla donde hace su aparición el sujeto popular como

²² Libanio, J.B. *Las grandes rupturas socio-culturales y eclesiales*. Colección Perspectivas-Clar. N°12, Bogotá, 1982.

“sujeto oprimido” “...nos encontramos con el salto a escena de un nuevo sujeto, que no lidera hegemonicamente el proceso histórico, y que se halla aún bajo el peso de la dominación burguesa” (Libanio: 1988, 129).

Nuestra valoración de la perspectiva de Libanio nos permite plantear, respecto del pensamiento del Cardenal, que el tránsito desde su visión de la Universidad como un instrumento de modificación de las estructuras sociales de pecado, en un camino tendiente a la búsqueda de la justicia social, hasta la visión actual que identifica la Universidad Católica como un agente privilegiado para la evangelización de la cultura y por ende la inculturación de la fe, está estrechamente vinculado con el aporte del Concilio en su identificación del sujeto cultural moderno como epicentro de la reflexión desde la fe. Posteriormente también se relaciona con Medellín y Puebla, en tanto la Iglesia se ubica como promotora de una opción específica por el sujeto popular latinoamericano.

Para nosotros, el paso desde la prioridad con respecto al cambio social, hacia otra perspectiva que privilegia en su análisis el cambio cultural, es simultánea al paso desde el realce del sujeto moderno a la identificación de prioridad por parte de la doctrina social latinoamericana con respecto al sujeto popular oprimido.

En la consideración del sujeto moderno se adquiere una conciencia clara con respecto a la necesidad de asumir lo moderno, y en la identificación y priorización del sujeto popular se identifica nítidamente un sujeto cultural objeto de opción preferencial a partir no solamente de su sufrimiento objetivo sino también de sus peculiaridades culturales, en tanto el pobre no sólo posee una inserción particular en el modo de producción capitalista, sino que también posee una cultura particular que es caracterizada como objeto preferente de la evangelización liberadora.

CAPÍTULO TERCERO

EL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ IMPULSOR DE LA CULTURA Y DEFENSOR DE LA INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

Distinguir la visión del Cardenal con respecto a la Cultura de la planteada por la Iglesia latinoamericana por medio de sus organismos y de sus conferencias episcopales, nos parece una tarea innecesaria, más bien nuestro intento va encaminado a demostrar el vínculo creativo del pensamiento del Cardenal con esta visión, presentando el modo en que él hace vida lo que la comunidad creyente de nuestro continente asume como doctrina en torno a la Cultura y a la Universidad.

Para presentar esta vinculación entre pensamiento de la Iglesia y reflexión propia del Cardenal, nos es inevitable recordar que dentro de las figuras de la historia de la segunda mitad del siglo XX en Chile, quizás una de las más representativas del desarrollo de la Iglesia y la Cultura sea la del Cardenal Raúl Silva Henríquez. Sin embargo su relevancia social y su peso académico han sido modelados por su constante preocupación por los pobres, definiendo así un pensamiento situado, en el cual ni las exigencias del poder ni el brillo de la relevancia social han hecho perder de vista la esencia de ese “habitus” o estilo de la educación católica definido desde la ética cristiana.

Desde esa perspectiva, la Educación, la Cultura y la Universidad han absorbido la atención preferente del Cardenal, incluso cuando el golpe militar demandó de él una gran preocupación, sobre todo en lo que

respecta a la lucha por los Derechos Humanos. Incluyendo dentro de su defensa de los derechos más esenciales, la defensa de la Universidad, asumiendo que por la libertad y el desarrollo de la institución universitaria pasa la libertad y el progreso de la sociedad toda.

Para nadie es un misterio que al Cardenal Silva Henríquez, como consecuencia del quiebre institucional y del golpe militar, le tocó actuar durante uno de los períodos más intensos y más críticos por los que ha pasado Chile en toda su historia. Fue así, el Cardenal, un actor importante en el contexto de transformaciones que llevaron a Chile a una de las más importantes crisis culturales de su vida como nación, manteniendo durante todas esas vicisitudes una postura igualmente consecuente con una clara posición acerca del hombre, la cultura, la educación y el papel de la Universidad, manifestando una creativa coherencia con los lineamientos de la Iglesia latinoamericana y universal.

Pero el aspecto contingente de su pensamiento no debe hacernos perder el sentido global de su obra y la participación en lo que fue su gran preocupación, más allá de las situaciones contingentes que le tocó vivir: la evangelización y la educación cristiana. No debemos nunca olvidar que el Cardenal Silva ingresó a una orden como la Obra de la Congregación Salesiana, preocupada fundamentalmente de la educación, y plenamente comprometida con los problemas sociales de la modernidad y con una gran vocación social, emergiendo desde este sello salesiano su gran labor como educador y Director en los colegios de la congregación, tareas que sin duda representan el campo de preparación más radical que es posible tener para desarrollar una tarea universitaria dentro de la Iglesia.

Es, desde este carisma centrado en la espiritualidad de Don Bosco, que Monseñor Silva Henríquez asume su posición como Pastor de un rebaño diverso y en algunos casos dividido, lo que no involucra el apartarse de ese estilo propio de los pastores de la “ecúmene” católica. Para el Cardenal, los miembros de la Iglesia y en especial los Obispos son, citando un documento publicado por los obispos chilenos un mes antes del golpe,

“... los pastores de una Iglesia que no se identifica con civilización, cultura, régimen, ideología o partido alguno en este mundo”¹.

De esta opción surge una natural forma de relacionarse con el mundo de la cultura en que el respeto a la diversidad es uno de los pilares de su pensamiento:

“... el primer valor es que, de una vez por todas, se muestre y se crea que la Iglesia aprecia la Verdad, el Bien y la Belleza, aunque estén representados por quienes no participan de su convicción religiosa. En otras palabras, que la Iglesia Católica, por su naturaleza, el cristianismo, por su naturaleza, no pueden ser sectarios, pues el sectarismo está reñido con nuestra esencia profunda. Allí se arraiga la existencia del sano pluralismo”².

Esta concepción está inmersa en el pensamiento y en la obra de toda la vida del Cardenal, orientó todos sus actos durante el período en que le tocó dirigir los destinos de la Iglesia de Santiago, siéndonos posible afirmar, con plena convicción, que la segregación por causas políticas o religiosas no se encuentra en la obra ni en el pensamiento del Cardenal, siendo su norte, por el contrario, llenar de la luz de Cristo a la sociedad dividida, por medio de una evangelización de la cultura.

El concepto de Cultura del Cardenal está en perfecta consonancia con lo expuesto por el Concilio Vaticano II, en tanto la Cultura es ante todo el refinamiento civilizado, dándole, por ejemplo, una gran importancia a la creación y a las obras artísticas, como fenómenos que están en el límite entre la creación humana y la belleza de la obra de Dios:

“A la Iglesia no puede serle indiferente la creación artística y el cultivo de las bellas letras. Ella tiene la tarea de entregar a

¹ *Cristianismo y Política, Hablan los Obispos Chilenos*. Agosto de 1973, Editora Nacional Gabriela Mistral, Documento de la Conferencia Episcopal de Chile.

² Ortega, Miguel. *El Cardenal nos ha dicho. 1961-1982*. Ed. Salesiana, Santiago de Chile, octubre de 1992, p. 71.

*los hombres el mensaje de la verdad, del bien y de la belleza de Dios, creador de los cielos y tierra. La creación participa, en cierta medida, de las cualidades de su autor, contiene una huella de la divinidad y es, por lo mismo el camino de retorno a Dios para quien sepa mirarla en su profundidad y trascendencia. San Pablo enseña: 'porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad' "*³.

Pero en la visión del Cardenal la Cultura no sólo se constituye por medio de la llamada "alta cultura" y los valores del Concilio Vaticano II. Respecto de la posibilidad de hacer Iglesia centrados en el hombre concreto, nuestro prelado nos plantea una postura, expresada en su acción, que se condice con lo planteado por CELAM:

*" a) Las ciencias y las técnicas forman parte de la cultura. b) La cultura es esencialmente comunitaria intersubjetividad y comunicación de conciencias. Todos los hombres tienen igual derecho a participar en los bienes de la cultura, ya que ésta es un componente idiomático de la personalización del pueblo. c) La cultura es también herencia de las creaciones artísticas y técnicas del pasado que se transforma en conciencia creadora y una perspectiva del futuro. d) Una tensión dialéctica existirá siempre entre cultura y cristianismo. Mas bien que conflictos o ignorancia mutua, debería ella promover un diálogo fecundo. Los fundamentos de estos aspectos se encuentran en el hombre 'autor de la cultura', en la justa autonomía de las realidades terrestres y, por consiguiente de la cultura; como también paradójicamente en las dificultades y tareas actuales de la cultura en nuestro tiempo "*⁴.

Así, los elementos que comprenden la cultura están determinados por la comunidad de las conciencias, el hombre en unión con sus se-

³ Ibidem. p. 292.

⁴ *Los cristianos en la Universidad*. 1967, Documento del CELAM.

mejantes va construyendo la cultura, retomándola de aquellos que venían antes que ellos y permitiendo una proyección de futuro.

Pero esta concepción de cultura no puede para un cristiano sino ir acompañada de un determinado concepto de sociedad, visión que define la posición del episcopado cuando señala:

*“La opción por el hombre del Evangelio nos obliga a optar por la imagen evangélica de la sociedad. Como cristianos, no podemos aceptar un sistema socio-económico sino en cuanto nos parece capaz de llegar a crear las condiciones que permitan alcanzar una sociedad que sea realmente esa familia, esa comunidad de hermanos, donde cada uno puede vivir conforme a la dignidad y libertad de los hijos de Dios. Esta fraternidad ha sido y permanecerá siempre el gran anhelo de la humanidad. Nosotros pensamos que su posibilidad depende de la fidelidad a la imagen de Dios y del hombre del Evangelio: porque solamente quienes se sienten hijos de un Padre común lograrán reconocerse como auténticos hermanos. La proclamación de una fraternidad autónoma implica una negación de las leyes mismas de la naturaleza. Sin la conciencia de poseer origen y fin común en un mismo y superior Centro personal, aun los más nobles vínculos de amistad que pueden atar a los hombres, estarán permanentemente expuestos al peligro de despersonalizarse, de deshumanizarse, y fracasar en su búsqueda de fraternidad verdadera”*⁵.

Para el Cardenal Silva Henríquez, la única forma de real fraternidad es el sentido de fraternidad que se gesta en la convicción de la pertenencia a una comunidad de hermanos con un mismo Padre. Cualquiera forma de sociedad que no ponga a este concepto de fraternidad como su proyecto de construcción, estará condenado a fracasar o convertirse en una forma perversa de sociedad, pues no podrá evitar ir

⁵ “Evangelio, política y socialismos”. Junio de 1971, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile. Documento de trabajo de la Conferencia Episcopal de Chile.

en contra de la libertad y dignidad inherentes a la condición de hijos de Dios. Es por eso su oposición a las formas extremas del Marxismo y del Capitalismo, que no se basan en esta visión de hermandad.

Pero esta visión de la sociedad y de la cultura no puede menos que basarse en una determinada forma de entender al hombre y de su participación en la cultura y la sociedad, así lo pensó la Iglesia latinoamericana cuando nos planteó que:

“... el hombre, centro y culminación del mundo, da a éste su sentido. Inteligente y responsable crea en comunidad con otros y a través de su actividad una historia que tiende a liberar cada vez más los valores personales y comunitarios. Mediante su inteligencia busca el hombre tomar conciencia de su sentido en el mundo y de la meta final de su historia final tratando de interpretar, desde diversas perspectivas, el sentido de la realidad total. Una inmensa mayoría ocupa prácticamente la totalidad de la vida trabajando en la ciudad temporal. Surge así la pregunta: ¿ Qué sentido último tiene todo esto? ¿ Qué sentido en relación al Reino de Dios?. Y no solamente por una referencia explícita a éste sino por su propio contenido temporal de ‘afanes, fracasos y victorias’. Estos interrogantes están en la raíz misma del orden del saber humano que se va constituyendo a través de múltiples ciencias y que tiende a coronarse en síntesis sucesivas de nivel cada vez más alto, en una suprema organicidad. El saber, por otra parte, se va configurando como una tradición, es decir, como un patrimonio del pasado que se renueva en su encuentro con el presente y que el presente ha de entregar a su vez a las generaciones futuras”⁶.

Para el Cardenal una de las características del hombre es ser hombre creador y participe de la cultura en cuanto hombre racional, concordando con lo que Buga aporta en este sentido:

⁶ “Los cristianos en la Universidad”.1967, Documento del CELAM.

*“Es evidente que el hombre no vive para pensar, sino que piensa para vivir mejor, más humanamente. Por ello es normal que lo que haga objeto de su reflexión intelectual sean los problemas reales que constituyen su existencia concreta. Pero si bien es su realidad de cada día la que estimula y orienta sus reflexiones, es evidente que el sentido más hondo de éstos es el hacer que termine siendo la razón la que estimule y oriente el conjunto de su vida...”*⁷.

De este modo, el problema de la cultura y de la sociedad no corresponde a una realidad que pueda separarse del valor intrínseco del ser humano como centro de la historia, pero tampoco es posible entenderla sin remitirse a la realidad de la acción de Dios que está más allá de la contingencia y que al mismo tiempo es el sentido del cambio socio-cultural mismo.

Esta acción de Dios en la historia no sólo tendrá una dimensión diacrónica sino que poseerá, para el Cardenal, una dimensión cultural específica, incluso en aquellos pueblos que sin adorar a la Santísima Trinidad poseen ya en sí mismos, en su cultura y en su estructura de sociedad las “semillas del verbo” que permiten la evangelización de las culturas.

Para el Cardenal Silva Henríquez el verdadero motivo que mueve la historia es Cristo, así lo expresa junto a otros obispos cuando señala:

“Cada año, en las festividades de Semana Santa, los cristianos volvemos a contemplar el misterio de la muerte y resurrección del Señor como eje de la historia del universo. Jesucristo, muerto y resucitado, se nos presenta a los cristianos como explicación última de cuanto existe y sucede. En Él, la historia recibe su sentido más hondo y definitivo: como Historia de la infinita misericordia de Dios, que en Jesucristo muere por nosotros, y

⁷ “La Universidad Católica: su razón de ser”. Mayo de 1971.

como Historia de la inimaginable grandeza del hombre quien, en la fuerza y la luz de la resurrección de Cristo, es proyectado -por ese mismo amor misericordioso de Dios- hacia una plenitud tal de vida, que no solamente le hace trascender el tiempo y la muerte, sino, también, que rebasa y colma cuanto anhelo de infinita libertad y amor bulle en su corazón e impulsa su marcha sobre la tierra”⁸.

De otra forma cómo podría tener sentido la cultura, la sociedad y el hombre mismo sino en el sendero de Cristo. Pero las formas en que se manifiestan los designios de Dios hacen que en cada cultura, sociedad y hombre se encuentre, además, la Providencia de Dios. Desgraciadamente, según nos plantea el Cardenal y lo han planteado nuestros obispos, el hombre moderno ha renegado de Dios y ha buscado una nueva fuente para explicar y entender el fenómeno humano, buscando en ideas abstractas que intentan alejar del mundo de la fe la respuesta a los problemas del hombre en el mundo moderno, surgiendo una serie de explicaciones como la científica atea y el materialismo histórico:

“...No nos extraña que surjan esas polarizaciones. En su base hay aspectos verdaderos que tocan a la relación entre la Iglesia y el mundo. Estamos ya lejos de aquel prejuicio que circunscribía la fe a la intimidad privada de las conciencias, dejando la historia -la historia profana de las instituciones, leyes, regímenes- entregada a su libre curso temporal, sin posible contacto con la salvación personal. Tal cosa es imposible: no vivimos en el limbo. El destino del mundo -su destino eterno- se juega en el corazón de la vida social y política de los pueblos, que encierra siempre graves problemas morales. La Iglesia continúa en la tierra la misión de Cristo ‘liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes a los que los tiene sujeto el pecado, la ignorancia, el hambre, la miseria, la opresión, en una palabra, la injusticia y el odio, que tiene su origen en el

⁸ *Evangelio, política y socialismos*. Junio de 1971, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile, Documento de trabajo de la Conferencia Episcopal de Chile.

egoísmo humano' (Medellín, Justicia, 3), por más que esta misión solamente pueda alcanzar un resultado siempre imperfecto en la tierra. Hoy más que nunca necesita la Iglesia juzgar de las doctrinas y situaciones sociales, y mover a sus fieles a la acción en el interior de todas las instituciones humanas" ⁹.

Frente a este dilema moderno, el Cardenal entiende a la educación como aquel aspecto de la cultura desde donde puede convertirse este peligroso “olvido de Dios”. Esta convicción no sólo determina su vida como jerarca de la Iglesia, sino que está incluso en el origen de su vocación religiosa.

No debemos nunca olvidar que la primera intención del Cardenal fue ingresar a la Orden de los Jesuitas, congregación que también está orientada hacia la educación, ni que el motivo de su ingreso en la Congregación Salesiana fue que ésta conjuga muy bien una fuerte vocación de servicio por los más pobres con un sistema educacional moderno y orientado a resolver los problemas. De hecho en sus memorias habla de que fue este compromiso con el mundo moderno y con la educación lo que lo decidió y lo “enamorado” de la figura de Don Bosco.

La educación tiene para el Cardenal múltiples funciones, siendo las más importantes en el contexto latinoamericano la de realizar un proceso de evangelización de la cultura y promover el desarrollo material y espiritual de las personas, principio reafirmado por nuestra Iglesia cuando en el Documento de Puebla y luego desde instituciones como CELAM se nos plantea que

“...como primera aproximación al Documento de Puebla, el educador se ve enfrentado a la visión de una realidad latinoamericana”

⁹ *Cristianismo y política, hablan los Obispos Chilenos*. Agosto de 1973, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago de Chile, Documento de la Conferencia Episcopal de Chile. pp. 10 y 11.

mericana llena de luces y de sombras. Realidad derivada de un proceso histórico particular, que permite comprender mejor el momento presente y la tarea que debemos realizar. Si bien es cierto que los rasgos históricos señalados en el Documento destacan aspectos referentes a la evangelización de América Latina, en ellos hay algo que es válido no sólo para la conciencia del cristiano en general, sino particularmente para la conciencia del cristiano que es, al mismo tiempo educador. Esos rasgos son fundamentalmente dos: a) Capacidad crítica frente a situaciones deshumanizantes. b) Capacidad creativa para realizar tareas humanizantes”¹⁰.

El educador católico debe estar en condiciones de darse cuenta de estos aspectos y contribuir a cambiar el mundo, pues el católico por su amor a los otros no puede aceptar las condiciones de injusticia en que viven sus hermanos y de hecho debe hacerlo de una manera creativa:

“La capacidad crítica que supieron ejercer tantos ‘intrépidos luchadores por la justicia’ (DP 8), frente a los atropellos de los derechos sagrados de los más humildes, llevados a cabo por conquistadores y encomenderos, constituyó una verdadera labor educativa, consistente en denunciar los elementos sociales que, en lugar de contribuir a la construcción de una sociedad fundada en los valores personalizantes, tendían a establecer los antivalores de la ley de la selva, en donde el más fuerte se impone sobre el más débil. La capacidad creativa, sin embargo, estuvo también presente como fuerza constructora de la nueva sociedad: la inventiva en la pedagogía de la fe, la vasta gama de recursos que conjugaban todas las artes, desde la música, el canto y la danza hasta la arquitectura, la pintura y el teatro”¹¹.

Para poder llegar a este ideal de educación católica el Cardenal Silva Henríquez propone un determinado tipo de modelo educativo funda-

¹⁰ *Educación evangelizadora, un desafío en América Latina*, 1982, Ediciones Paulinas, Bogotá, Documento del CELAM.

¹¹ *Ibidem*.

do en una serie de principios basados tanto en la caridad cristiana como en un análisis de la situación en el Chile y Latinoamérica de su época. La educación debe ser:

- a) Liberadora, más conforme con el desarrollo integral que propugnamos para nuestro continente;*
- b) creadora, capaz de anticipar el nuevo tipo de sociedad que buscamos en América Latina;*
- c) personalizadora y activa, es decir, que convierta al educando en sujeto de su propio desarrollo, que promueva en él una actitud de aceptación personal de los valores que se le presenten, dentro de un proceso de autoeducación;*
- d) comunitaria, lo que a nivel de la escuela significa crear una comunidad escolar en la que participen todos los elementos que la integran: dirección, profesorado, alumnado y padres de familia;*
- e) integrada en la comunidad local y abierta a la comunidad nacional y latinoamericana;*
- f) abierta al diálogo y a la colaboración, abierta y franca entre escuela y escuela, entre los planes de educación de la Iglesia y los del Estado, sin contraponer la escuela confesional a la no confesional, la escuela privada a la oficial;*
- g) democrática de tal manera que todos los sectores sociales, sin discriminación alguna, tengan acceso a ella y adquieran en la misma una auténtica conciencia social que informa su vida;*
- h) orientada más a la transformación de las estructuras sociales y económicas imperantes que a su mantenimiento.*

Miramos con particular esperanza la tarea de la escuela católica, en la que respetándose la autonomía de la cultura se ofrez-

*ca una profunda formación cristiana, que es su propio carácter y su razón de ser. Para ello es necesario una comunidad de creyentes comprometidos en la educación y que acompañe con su testimonio a quienes está educando”*¹².

Para el Cardenal, en la búsqueda de la concreción de este ideal de educación, la situación de Chile en el contexto de los países latinoamericanos es relativamente confortable; sin embargo, persisten formas de analfabetismo funcional y “... *una cierta baja cualitativa cultural que significan impedimento para el desarrollo humano*”¹³. En la visión del Cardenal la ignorancia es una especie de servidumbre, puesto que convierte al ignorante en indefenso ante el poderoso, ya que desconoce todos los procedimientos legales, políticos y económicos:

*“Una multitud de prejuicios y supersticiones, de complejos e inhibiciones, de fanatismo de sentido fatalista, de comprensión temerosa del mundo, de desconfianza y facilidad hace que sea la ignorancia una servidumbre humana. (M. 4,3)”*¹⁴.

De esta forma, y sobre todo a partir de la Conferencia de Medellín, el Cardenal cuestiona el tipo de educación que se ha realizado en ámbitos tan concretos como el trabajo con los grupos indígenas latinoamericanos y en lo que respecta a la educación de los sectores populares; planteando que ésta ha sido en algunos casos un apoyo a la opresión, por medio de una validación de las estructuras sociales, estructuras que pueden ser opresoras si sólo tienden a satisfacer las necesidades del mercado del trabajo. Sellándose así el círculo de un pensamiento que es capaz de defender los grandes valores de la edu-

¹² “Presencia cristiana en la educación”. Carta del Comité Permanente del Episcopado al Comité de Coordinación de la Educación Particular. Santiago, 25 de octubre de 1971.

¹³ *La misión social del cristiano: Conflicto de clases o solidaridad cristiana*. Mayo de 1973, Ediciones Paulinas, Santiago de Chile, Documento del Cardenal Silva Henríquez.

¹⁴ *Ibidem*.

cación, vista como instrumento de cambio cultural en pro de los valores del evangelio, pero que también es capaz de cuestionar la propia praxis y de reformular en la práctica lo que es considerado como errado en función del discernimiento crítico y de, por que no decirlo, la santidad en la acción.

Así, debemos destacar que la participación activa de la persona del Cardenal en la vida universitaria del país está en perfecta consonancia con las ideas anteriormente expuestas; podemos afirmar que el Cardenal tuvo un rol activo en la conformación de una determinada idea de Universidad.

De este modo podemos entender la participación moderadora pero comprometida del Cardenal en hechos contingentes como el caso de la 'toma' de la Universidad Católica, la reforma universitaria, la creación de la Academia de Humanismo Cristiano y de la Universidad Blas Cañas.

En el pensamiento de Monseñor Silva Henríquez, la Universidad, dentro del gran proyecto de reevangelización de la cultura en América Latina, posee una importancia central. El proyecto de Universidad que construye el Cardenal se sustenta en un análisis de las condiciones objetivas de cada contexto y por ende de la situación de Chile en el periodo en que le tocó actuar:

“... En un país como Chile, aquejado de tan grandes problemas sociales, la inspiración cristiana debe necesariamente convertirse en un impulso que mueva a la Universidad -repetiendo la actividad de nuestro Dios- a hacer especialmente suyos los problemas de los pobres, de su opresión, de su marginación, de sus ansias de liberación y solidaridad. Una Universidad Católica debe entender su servicio a la cultura, principalmente, como un servicio a los pobres: debe elaborar con especialísima dedicación las interrogantes dolorosas y urgentes nacidas de la llamada 'cultura de la pobreza' y entender su

tarea de irradiación cultural. En primerísimo lugar, en el sentido de ofrecer soluciones que permitan hacer llegar a esos mismos pobres -preferidos de Dios y, por lo mismo, de toda Universidad que se llame Católica- el beneficio del progreso científico y técnico y del espíritu del auténtico humanismo de que se siente depositaria.”¹⁵.

Incluso se debe aceptar en una Universidad Católica doctrinas opuestas al Catolicismo, como por ejemplo el Marxismo:

“¿Puede darse una cátedra de ateísmo o marxismo en una Universidad Católica?. Yo digo que sí: Puede darse, porque los cristianos estamos convencidos de que ninguna de estas ciencias o doctrinas deja de tener una parte de verdad y porque a veces nos plantean una crítica que nos resulta utilísimo conocer, es en este sentido -el de la posibilidad de un aporte o enriquecimiento positivos- que la Universidad puede, sin lugar a dudas, establecer cátedras de este tipo, siempre que disponga del buen criterio y formación doctrinaria suficiente para saber discernir lo verdadero de lo falso”.

Pues ante todo, para el Cardenal, la Universidad debe ser un lugar donde se elabore e irradie la cultura, tomada ésta como creación históricamente situada y socialmente transmitida. De este modo, para la construcción de una auténtica Universidad Católica debe haber una real apertura de ésta hacia el mundo de la cultura ampliamente entendida, que es en último sentido el mundo del hombre.

Pero Monseñor Silva Henríquez cree que aunque la cultura es un fenómeno universal, no es menos cierto que cada Universidad debe buscar respuesta a los auténticos problemas de la sociedad en que está inserta, en tanto es al servicio de esa cultura, como expresión del pueblo que la practica, que una Universidad tiene sentido. La Universidad no puede estar, por lo tanto, separada de los avatares históricos

¹⁵ Ibidem, p. 98.

en que ese mismo pueblo se encuentra. No puede intentarlo ni tampoco podría lograrlo, puesto que los mismos alumnos y profesores que participan en ella están insertos en esa realidad específica.

Es así que la Universidad debe convertirse en un agente activo de solución urgente de los problemas de la sociedad en que está inserta. Es labor de la Universidad ser un actor participativo y creativo en la búsqueda de las soluciones y de hecho será en esto en donde encuentre el fundamento de su auténtica unidad, pues es esta exigencia de colaboración con la sociedad la que permitirá coordinar sus múltiples actividades como organización compleja.

Dentro de esto mismo, las Universidades Católicas deben ser ejemplo de esta preocupación por los problemas sociales ya que en último término la preocupación por el hombre encuentra su solución en la caridad de Cristo a la que estamos llamados todos los Católicos:

“Los grandes valores y las virtudes del cristianismo deben ser entregados junto con la ciencia, para complementar la vida social por medio de sus Universidades, así como lo realiza a través de todas sus actividades”¹⁶.

La Universidad está siempre siendo invocada desde múltiples intereses, pero es sólo el estilo de Cristo y sus valores el que debe determinar su accionar. Por su importancia será sujeto de manipulación, sin embargo, debe ella misma ser capaz de superar los intereses particulares y ello solamente se logra poniendo a Cristo mismo como esencia del quehacer universitario:

“Verdaderamente la fe, la esperanza y la caridad de Jesucristo -don de Dios para la iluminación y animación del mundo- pueden ser también -y muy fecundamente- la luz y el alma de una Universidad; garantía de respeto total a la naturaleza de su

¹⁶ Discurso del Cardenal: “¿Hace política la Iglesia?”, 20 de enero de 1968.

misión específica; fuerza orientadora y estimulante para el pensamiento que investiga y anhela ser - tanto negativa como constructivamente- conciencia crítica del proceso histórico que vive el pueblo; y, por último, energía moral para superar todos los sacrificios”¹⁷.

Si se asumen estos valores la Universidad Católica deberá estar tanto en la historia como fuera de ella, asumiendo su carácter como un componente de la sociedad, pero también escrutando los signos de los tiempos para ser partícipe en la construcción del Reino de Dios. El legado del Cardenal nos invita desde la historia misma a servir a propósitos que están más allá de ésta, en el capítulo siguiente intentaremos mostrar cómo el Cardenal piensa a la Universidad “dentro” de la historia y como motor de la más alta cultura, pero fiel a su vocación como reproductora y creadora de la cultura cristiana.

¹⁷ Ibidem.

CAPÍTULO CUARTO

LA UNIVERSIDAD FRENTE A LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Definir la Universidad “para” el cambio y “desde” la fe

4.1. HACIENDO UNIVERSIDAD. Lo planteado en algunos textos

En el pensamiento del Cardenal, el cual va estrechamente unido a su praxis, se evidencia una visión de la institución universitaria donde ésta es asumida como un centro de difusión y de constante redefinición de los elementos fundamentales de la cultura. La Universidad encuentra su sentido, para él, en la plena consideración de la cultura, en la comprensión de cada contexto histórico donde se desarrolla concretamente el quehacer universitario:

*“Una Universidad debe ser un lugar en donde se elabore y se irradie cultura(...) cada Universidad debe prestar su servicio propio en un pueblo, en un ambiente social y cultural determinado; es, por lo mismo, en primer lugar, la cultura de ese pueblo la que debe elaborar y es por ese pueblo que debe prestar su servicio de irradiación”*¹.

Concretamente, en lo que corresponde al uso de esta cultura podemos apreciar, al interior del pensamiento del Cardenal, un intento de encuentro entre la acepción científica del concepto de cultura, la acepción de sentido común y una visión metasocial.

¹ Silva H., Raúl. “Alienación y liberación”. Cuadernos de Testimonio, N° 3, 1970.

Vemos en esta conexión una situación común al episcopado chileno, que intenta relacionar la acción de la Iglesia, como acción cultural, con el sentido más profundo de su acción en la historia, presentándose ello prácticamente desde finales de la década del 60. Así se evidencia cuando en Agosto de 1973 plantean nuestros obispos, frente a la conflictiva situación imperante en ese momento, que “...somos los pastores de una Iglesia que no se identifica con civilización, cultura, régimen, ideología o partido alguno”².

Lo anterior, sitúa al pensamiento del Cardenal en concordancia con el hilo conductor compuesto por la doctrina de la Iglesia latinoamericana, no es extraña, por lo tanto, la plena coincidencia de Monseñor Raúl Silva con lo planteado por CELAM, ya en 1967:

“El hombre, centro y culminación del mundo, da a éste su sentido, inteligente y responsable, crea en comunidad con otros y a través de su actividad una historia que tiende a liberar cada vez más los valores personales y comunitarios.

Mediante su inteligencia busca el hombre tomar conciencia de su sentido en el mundo y de la meta final de su historia tratando de interpretar, desde diversas perspectivas, el sentido de la realidad total. Una inmensa mayoría ocupa prácticamente la totalidad de la vida trabajando en la ciudad temporal. Surge así la pregunta: ¿Qué sentido último tiene todo esto? ¿Qué sentido en relación al Reino de Dios? Y no sólo por una referencia explícita a éste sino por su propio contenido temporal de afanes, fracasos y victorias.

Estas interrogantes están en la raíz misma del orden del saber humano que se va constituyendo a través de múltiples ciencias y que tiende a coronarse en síntesis sucesivas de nivel cada vez más alto, en una suprema organicidad.

² *Cristianismo y política, hablan los Obispos chilenos.* Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1972.

*El saber, por otra parte, se va configurando como una 'tradicción', es decir, como un patrimonio del pasado que se renueva en su encuentro con el presente y que el presente ha de entregar a su vez a las generaciones futuras"*³.

En la esencia de su praxis pastoral la visión de Universidad Católica presente en el pensamiento del Cardenal Raúl Silva Henríquez, define a esta institución básicamente como un instrumento de evangelización, lo cual posee una doble dimensionalidad; por una parte debe ser un instrumento de cambio social en pos del logro de la justicia social, como acercamiento del Reino de Dios, y por otra debe ser un instrumento de transformación de los valores en pos de la evangelización de la cultura:

*"La misión de repensar sinceramente la actuación de los cristianos en las tareas de la Universidad, asume una importancia decisiva en este momento en que los países latinoamericanos emprenden el arranque hacia el desarrollo. La Iglesia no puede estar ausente de esta marcha para infundirle el más vigoroso espíritu de un humanismo integral y cristiano. Y la universidad es el instrumento más eficaz para impulsar este desarrollo"*⁴.

En lo que respecta a su visión de la Universidad como instrumento de cambio social y de desarrollo, el Cardenal, junto a sus hermanos en el episcopado chileno, ha señalado, en torno a la misión de la educación:

"Aunque la situación de Chile en el conjunto Latinoamericano es relativamente confortable, persisten formas de analfabetismo funcional y una cierta baja cualitativa cultural que significan impedimento para el desarrollo humano..."

"La ignorancia es una servidumbre; ciertamente el ignorante es el gran indefenso ante el poderoso: ignorante de sus dere-

³ CELAM. *Los cristianos en la Universidad*, Colombia, 1967.

⁴ Monseñor Silva Henríquez. "El cristiano ante la tarea universitaria de hoy". Discurso ante el Claustro Pleno de la Universidad Católica, abril, 1971.

chos, de los procedimientos legales, políticos y económicos, vive en el temor de sujeción frente a la estructura. Una multitud de prejuicios y supersticiones, de complejos e inhibiciones, de fanatismo y sentido fatalista, de incomprensión temerosa del mundo, de desconfianza y facilidad” (M. 4-3).

“No es de extrañar que en la ignorancia crezca y se robustezca la opresión y la injusticia... si es cierto que la Iglesia ve con alegría la obra de... aquéllos que han sido activa y caritativamente presente en las diversas culturas, especialmente indígenas, del continente y a quienes vienen prolongando la tarea educadora de la Iglesia en nuestras ciudades y en nuestros campos” (M. Introd.2).

“Cabe preguntarse si muchas veces esta tarea no ha consistido sino ‘en incorporarlos a las estructuras culturales que existen en torno a ellos, y que pueden ser también opresoras’ (Medellín. 4, 3) acaso no se ha caído en el juego de hacer funcionar ‘sistemas educativos (que) están orientados al mantenimiento de las estructuras sociales y económicos imperantes más que a su transformación’ (ibid. 4)... o en el inmediatismo de ‘ajustarse a las exigencias del mercado del trabajo’, orientando a la gente hacia un simple ‘tener más’...

“ hay que reconocer también el peso que ha significado la formación de una mentalidad religiosa verdaderamente alienada: catecismos desconocedores de la realidad humana, predicaciones de unilateral insistencia sobre la resignación, la recompensa futura, el ‘cielo’, etc...”⁵.

Es así como, en sintonía con lo sostenido por la Iglesia chilena, el Cardenal plantea que la Universidad deberá tener como meta fundamental el evangelizar el alma de Chile, en tanto debe evangelizar las relaciones sociales promoviendo un orden político, económico y social más justo, respondiendo de esta forma al llamado hecho por la

⁵ “La misión social del cristiano: conflicto de clases o solidaridad cristiana”. Documento del Cardenal Silva Henríquez.

Iglesia de que se constituya en un agente de la promoción social, luchando por la superación de las “...condiciones de opresión que el pecado social implica” (Silva: 1970.cfr)⁶.

Para el logro de esta meta, el Cardenal sostiene que la Universidad no debe ser privilegio de un grupo social; sin embargo, quienes a ella ingresan deben ser las personas con mayor capacidad, en tanto es vista por el Cardenal como la más alta institución cultural. Al cardenal le duele toda forma de injusticia sobre todo la que implica el desperdiciar el sagrado don de la inteligencia y en este modo de apreciar el tema del acceso a la Universidad asume como propias las palabras de CELAM:

“Circunstancias hacen que de hecho queden marginados de la Universidad muchos que por su vocación y aptitudes merecían participar en la educación superior. Frente a este hecho la Universidad no puede quedar indiferente”⁷.

En el pensamiento de Monseñor Raúl Silva, se debe rescatar la inteligencia tanto en sus alumnos como en sus académicos, puesto que ésta se constituye en el bien máspreciado que una sociedad posee, no debiéndose segregar a unos u otros por razones ideológicas ni religiosas. Ello se hace vida, por ejemplo, en la creación de la Academia de Humanismo Cristiano:

“La Academia (de Humanismo Cristiano) vino a cristalizar después de copiosas conversaciones que se realizaron en el arzobispado debido a la exoneración de profesores en las distintas Universidades, pero especialmente en la Católica. Una mayoría de tales despidos se debía a razones políticas, y sus afectados temían que si las universidades les cerraban las puertas, no hallarían trabajo fuera de ellas. Muchos se sentían con-

⁶ Silva H., Raúl. “Alienación y liberación”. *Cuadernos de Testimonio*, Nº 3, 1970.

⁷ *Los cristianos en la Universidad*.

*denados a la inmigración. Convencido como estaba de que la riqueza de un país es la de sus valores humanos contemplé con angustia cómo se gestaba un inexorable camino de exilio para nuestros talentos”*⁸.

Este rescate de la inteligencia constituye para el Cardenal, la forma básica por medio de la cual la Iglesia puede servir de mejor forma al desarrollo, en el entendido que el desarrollo es una forma concreta de lograr y concretizar los valores cristianos en la organización de nuestros contextos.

Es así como la Universidad debe estar al servicio del desarrollo entendido éste básicamente como modificación de las estructuras socioeconómicas:

*“ En un país como Chile, aquejado de tan grandes problemas sociales la inspiración cristiana debe necesariamente convertirse en un impulso que mueva a la Universidad -repetiendo la actividad de nuestro Dios- a hacer especialmente suyos los problemas de los pobres, de su opresión, de su marginación, de sus ansias de liberación y de solidaridad. Una Universidad Católica debe entender su servicio a la cultura, principalmente, como un servicio a los pobres, debe elaborar con especialísima dedicación las interrogantes dolorosas y urgentes de la llamada ‘cultura de la pobreza’ y entender su área de irradiación cultural”*⁹.

Siendo el Cardenal, de esta manera, coincidente con el impulso fundamental al desarrollo demandado por la Iglesia latinoamericana a la Universidad Católica:

“La misión de repensar sinceramente la actuación de los cristianos en las tareas de la Universidad, asume una importancia

⁸ *Memorias del Cardenal Silva Henríquez*. Tomo III, Santiago, 1991.

⁹ Discurso para opinar sobre un doctorado a Pablo Neruda realizado en el Consejo Superior de la Universidad Católica, el 27 de junio de 1969.

decisiva en este momento en que los países latinoamericanos emprenden el arranque hacia el desarrollo. La Iglesia no puede estar ausente de esta marcha para infundirle el más vigoroso espíritu de un humanismo integral y cristiano. Y la Universidad es el instrumento más eficaz para impulsar este desarrollo”¹⁰.

Para definir su postura ante el desarrollo y ante la cultura, el Cardenal acepta plenamente el concepto de Universidad planteado en el Documento de Buga y hace suyo los fundamentos de este documento, hecho que se expresa en la constante coherencia de sus medidas tomadas como Gran Canciller de la Universidad Católica de Chile en las múltiples vicisitudes que la Universidad sufrió durante su proceso de reforma. Es de esta forma que se comprende el gran interés mostrado por el Cardenal en la participación del estamento estudiantil en las tomas de decisiones al interior de las Universidades Católicas, así hace vida lo planteado por CELAM en el sentido de que es necesario

“...revisar la estructura de poder, dando participación en el gobierno de institución y en la elección de sus autoridades, a los profesores y estudiantes, en todos los niveles. Esta revisión ha de llevar consigo la descentralización del poder y en la visión de colaboración hacia las tareas del desarrollo integral de una comunidad que debe prestar la comunidad universitaria católica en su conjunto”¹¹.

En lo más peculiar de su pensamiento, la Universidad constituye un aspecto esencial de nuestra alma como nación. La Universidad debe, para este prelado, evangelizar el alma de Chile a través de la evangelización de la cultura, entendiendo a la Universidad como agente crítico de la cultura misma:

“La colaboración con el desarrollo nacional no puede partir de la presuposición de que éste sea siempre sano bajo todos sus

¹⁰ *Los cristianos en la Universidad*. Documento CELAM N° 3, Bogotá, 1967.

¹¹ *Ibidem*.

aspectos. La Universidad está obligada a revisar las preguntas que el proceso histórico va planteando y a juzgarlas a partir de los principios universales de un humanismo global. Y no es que lo haga dejándose llevar por una imagen preconcebida del hombre. Si la Universidad está vigilante para elaborar la cultura, que nace en el ímpetu vital mismo del pueblo, no puede dejar de oír o de palpar valores que, aunque no sean siempre los más conscientes ni los más ruidosamente proclamados, están sin embargo allí, reclamando ser también reconocidos, y sin el cultivo de los cuales no se obtendrá una sociedad plenamente renovada.”

Monseñor Silva posee una concepción amplia de cultura, entendiéndola más allá de la cultura de élite. Sin embargo, la Universidad será entendida como una instancia de evangelización de la alta cultura, donde el conocimiento es iluminado por la fe:

“La fe cristiana presta a las ciencias humanas un servicio que en nada invade su campo propio y que, sin embargo, puede resultarles de inmenso valor. Podríamos comparar sus papel al de la intuición que guía el trabajo de los genios”¹².

Para el Cardenal, en la alta cultura cultivada en la Universidad y en particular en la Universidad Católica, no sólo se juega la transmisión de una tradición histórica, sino que es nuestra alma como nación la que se encuentra comprometida. El “alma” de Chile para el Cardenal no son sólo las relaciones sociales, ni los valores en el sentido científico de estos términos, sino que por el alma entiende una concepción metasocial del espíritu nacional, el cual comprendido como estructura en movimiento debe ser reproducido y perfeccionado por la Universidad Católica a la luz de los evangelios, de los signos de los tiempos y de la Doctrina Social de la Iglesia.

¹² “La Universidad Católica: su razón de ser”.

El vínculo entre evangelización y alma de Chile que la Universidad representa, debe mantenerse a través del vínculo directo entre los obispos de las diócesis, las conferencias episcopales y las Universidades que en sus territorios se encuentran, debiendo subordinarse, las Universidades, a las autoridades y a las conferencias episcopales locales, ya que si esto no se cumple se corre el peligro de que las Universidades Católicas se conviertan en “ diócesis dentro de las diócesis”.

Como ya planteamos, en la visión de Monseñor Silva la Universidad como evangelizadora de la alta cultura debe ser pluralista en la aceptación de la diversidad ideológica y religiosa, así lo expresa en su aceptación de cátedras de marxismo y en su diálogo permanente con el mundo judío y protestante:

“...desde el momento en que hemos aceptado el Ecumenismo y llamado hermanos a los cristianos no católicos; desde el momento en que con respeto hemos reconocido valores en gente que no piensa como nosotros, yo no veo impedimentos para que la Universidad, estableciendo claramente el criterio que la guía, pueda o quiera dar un premio, un reconocimiento a personas que discrepan de nuestra doctrina espiritual”¹³.

Por otra parte, las Facultades de Teología, tienen un rol esencial como orientadoras en el proceso de discernimiento que cada comunidad universitaria debe seguir, con el fin de escrutar los signos de los tiempos a la luz de una fe definida desde la razón, particularmente en lo que respecta el diálogo entre ciencia y fe. Así se afirma que se debe

“...contar con una facultad o centro de elaboración teológica de alto nivel, que realice el diálogo universitario entre teología y saber humano”¹⁴.

¹³ Discurso para opinar sobre un doctorado a Pablo Neruda realizado en el Consejo Superior de la Universidad Católica, el 27 de junio de 1969.

¹⁴ *Los cristianos en la Universidad.*

En su pensamiento en torno a la cuestión universitaria, el Cardenal se plantea en una postura un tanto disidente de aquellas visiones del vínculo entre las universidades católicas y el Vaticano que tendían a restar poder a los obispos y las conferencias episcopales locales, sorprendiéndole aquellas posturas que restringen su visión de la Universidad a lo determinado por una conducción externa a ella misma:

*“Verdaderamente, a pesar de esforzarnos con las mejores intenciones, no lográbamos entender los refinados matices que estaba aplicando la Congregación para la Educación Católica(...) finalmente el dicasterio confirmó la marginación del Episcopado y aprobó, aunque ad experimentum, las nuevas normas emitidas por la Universidad en el mismo sentido”*¹⁵.

Nuestro Cardenal piensa que el buen gobierno de la Universidad, en lo que respecta particularmente al desarrollo de sus tareas como promotora social y como evangelizadora de la cultura, requiere de la guía por parte de las autoridades eclesiásticas locales, evitándose así la generación de dualidades en la conducción de la tarea universitaria, rescatándose a la universidad de ser objeto de manipulación por aquellos sectores políticos que difieren de los lineamientos de los obispos locales en el terreno social:

*“...la voluntad de que la relación entre la Curia y los obispos tuviese siempre la unidad como meta; la necesidad de que en las relaciones con el Estado se oyera también a los Obispos, como complemento indispensable de las nunciaturas, y el gran deseo de que la Curia no fuese entendida como un camino para ‘hacer carrera’ eclesiástica. Creo que era un conjunto de ideas ampliamente compartido por los cardenales”*¹⁶.

En su perspectiva de la Universidad, el Cardenal anuncia en gran medida la postura que hoy es enarbollada desde la Doctrina social

¹⁵ *Memorias del Cardenal Silva Henríquez*. Tomo III, pp.172-174.

¹⁶ *Memorias del Cardenal Silva Henríquez*. Tomo III...

latinoamericana, en el sentido de vincular la Universidad, en su estructura y orientación, con el contexto socio-cultural inmediato, tanto en lo eclesiológico como en su orientación académica fundamental. Ello lo hace ser coherente, una vez más, con Buga y con el Concilio Vaticano II, agregando un toque de originalidad que se expresa fundamentalmente en su acción como defensor del arraigo de la Universidad en su contexto.

4.2. LAS BASES DE SU VISIÓN DE LA UNIVERSIDAD

En el camino seguido por el pensamiento del Cardenal, desde la suposición de la identidad entre estructura y valor hacia la actual posición, que asume como centro de la acción de la Iglesia la evangelización de los valores culturales, camino seguido por la generalidad de la Iglesia Católica chilena en el presente siglo, nuestro prelado ha supuesto una estrecha relación entre el cambio de los valores culturales y el cambio de las estructuras sociales, desde un primado ético que no se agota ni en la estructura social ni en la cultura misma.

Este modo de ver la realidad, representó en el pensamiento del Cardenal un decidido impulso hacia la superación de las estructuras de pecado, en base a la generación de instituciones académicas y de intervención social, como también posteriormente en la prédica constante basada en la Doctrina Social, según la cual la Universidad Católica es la gran evangelizadora de la cultura.

En estos dos momentos o perspectivas del pensamiento del Cardenal hay siempre como punto de encuentro un impulso hacia la transformación, siendo el impulso hacia el cambio de la sociedad y de la cultura la meta última, en tanto se define a los valores del evangelio como la utopía elemental que orienta el cambio en la estructura social y en los valores, buscados por el Cardenal, y que nos es posible apreciar al interior de su práctica y de su pensamiento en torno a la Universidad Católica. Esta

visión puede caracterizarse desde dos perspectivas o principios para la acción, las que son asumidas en cada iniciativa y en cada punto de vista planteado por el Cardenal en torno a la universidad:

I. Un vínculo constante entre cambio social y cambio cultural, con un progresivo cuestionamiento de la relación identitaria entre la dinámica de los valores culturales y la dinámica de la estructura social. En las memorias de Monseñor Silva Henríquez, como en otros documentos, se hace ostensible la tremenda capacidad de autocritica que el Cardenal nos demuestra, autocritica que no sólo guarda relación con decisiones puntuales, sino también con visiones de mundo que corresponden a su particular condicionamiento socio-cultural, en tanto cuestiona la incapacidad propia y ajena para entender la real magnitud de la dimensión cultural de cada escenario.

La sensibilidad expresada en materias como la religiosidad popular o las culturas urbanas y campesinas, también se expresa en el modo en que se visualiza la dinámica universitaria en su relación con el contexto y con el pasado histórico tanto reciente como remoto:

“ La Iglesia se encuentra hoy en día ante el gravísimo problema de hacer llegar un acento humano y cristiano a la civilización moderna, acento que la misma civilización pide y casi implora para su desarrollo positivo y para su misma existencia. Esta tarea importantísima e imprescindible constituye un derecho y un deber del laicado. Es a través de sus hijos laicos que la Iglesia consagrará al mundo ”¹⁷.

Así, cuando se refiere a su política universitaria es capaz de asumir la necesidad de transformar su propia visión de la Universidad Católica a la luz de los imperativos éticos que van exigiendo a esta institución adaptarse a las nuevas necesidades que van surgiendo en la realidad nacional.

¹⁷ Carta a Roma, 13 de noviembre de 1963, p. 33.

Ejemplo de ello es el rescate de su propia formación universitaria, la tranquilidad de los claustros y la dedicación al estudio; pero reconoce el fuerte impulso moral que animó a los jóvenes y académicos que impulsaron la reforma universitaria de la década de los 60, asumiendo incluso el costo que este proceso tuvo, tanto en lo dificultoso de su función de mediador, como también en lo que respecta a las fuertes tensiones que esto implicó para la Iglesia, particularmente en los conflictos que tuvo personalmente que enfrentar con la fuerte personalidad de Monseñor Alfredo Silva Santiago.

II. En su postura doctrinal es permanente su consideración de la misión de la Universidad desde una teología de la historia basada en la Doctrina Social como eje de discernimiento del cambio cultural y social. Para Monseñor Silva la fuerza liberadora del evangelio de Jesucristo, posibilita un cambio sociocultural a la medida del hombre desde su vocación de eternidad, así es como plantea que la tolerancia de la diferencia es el elemento clave del encuentro de los hombres en Cristo:

“ Es pues necesario que todos los hombres y, sobre todo, los cristianos nos abstengamos de toda discriminación o de todo vejamen a causa de la raza de cualquier hombre, de su color, su condición o su religión...”¹⁸.

Es desde esta tolerancia, que el Cardenal asume la posibilidad de hacer Universidad Católica, en tanto la aceptación de la diferencia no surge desde una tolerancia en el vacío, su concepción emerge de la certeza de la verdad revelada como transhistórica.

Desde este principio, la Universidad Católica no se agota ni en su impulso hacia el cambio para el desarrollo ni en su intento de modificar los valores culturales, sino que se conecta con su carácter más profundo como institución de Iglesia que, en tanto parte de la misma, forma parte del cuerpo místico de Cristo y, por lo tanto, supera su

¹⁸ Silva H., Raúl. *El alma de Chile*. Editorial Salesiana, Santiago 1983.

dimensión meramente humana. Para el Cardenal la Universidad puede ser tolerante porque va más allá de la Cultura y de la sociedad misma.

4.3. HACIA UNA SÍNTEISIS

Si intentamos una síntesis de estos principios enunciados, podemos afirmar que en el pensamiento de Monseñor Raúl Silva la Universidad es una institución dedicada a reproducir la alta cultura regenerando así el alma de Chile, concepción metafórica por medio de la cual el Cardenal vincula su lucha por la construcción del Reino de Dios a nivel espiritual y sus esfuerzos concretos en pro de este Reino a través de su empeño en el logro de la justicia social.

A lo anterior se agrega, luego de la Conferencia de Puebla, la necesidad de evangelizar la cultura como medio cristiano de concreción del impulso ético hacia la verdadera justicia social, la cual deberá estar según él en el reconocimiento de la diversidad sociocultural.

Sus planteamientos surgen básicamente de su praxis en distintos momentos de la vida nacional y en particular del mundo universitario y de su adhesión doctrinal al Concilio Vaticano II y al Documento de Buga, uniendo en sus planteamientos una visión amplia de la Cultura y un concepto ilustrado de razón, lo cual le permite enfrentar los dos momentos más cruciales de su gestión universitaria: la “Reforma” y la ocupación militar de las universidades.

Es así como para el Cardenal, la Universidad Católica en particular debe realizar el diálogo intenso entre razón y fe, desde una adecuada contextualización cultural y desde un aporte decidido al desarrollo. Lo cual se expresará concretamente en el rescate de las capacidades de sus alumnos y académicos, y en la identificación de las inquietudes sociales que deben motivar también los esfuerzos analíticos y organizativos de la universidad.

Lo anterior es posible de lograr sólo desde el discernimiento a la luz de la fe que la comunidad universitaria realice, y también desde la adhesión de esta comunidad a los lineamientos de los obispos y conferencias episcopales locales, en tanto es desde estas instancias donde puede definirse de mejor forma el gobierno universitario.

CONCLUSIONES

En el intento de realizar una síntesis final del pensamiento del Cardenal con respecto al vínculo entre Cultura y Universidad, nos parece de utilidad transcribir un texto clave: su Discurso ante el Claustro Pleno de la Universidad Católica de Chile en 1971, leído en medio de la reforma profunda que estaba viviendo aquella Universidad:

“Una Universidad debe ser un lugar donde se elabore y se irradie cultura, tomando esta palabra en el más universal, pero también en el más pleno y vital de sus sentidos. Sin esa preocupación por una apertura a la totalidad de los problemas del hombre, no puede hablarse de auténtica labor de la Universidad. Pero, por otro lado, si es cierto que la cultura es necesariamente universal, no menos cierto es que cada Universidad debe prestar su servicio propio en un pueblo, en un ambiente social y cultural determinado; es, por lo mismo, en primer lugar, la cultura de ese pueblo la que debe elaborar y es para ese pueblo que debe prestar su servicio de irradiación.

Una Universidad no puede cumplir su tarea prescindiendo del desarrollo histórico concreto del país en cuya vida se inserta. No puede pretender hacerlo ni tampoco podría nunca lograrlo: en la medida en que sus profesores y alumnos están condicionados en su pensamiento - en sus inquietudes y en su planteamiento de los problemas - por el proceso social en medio del cual viven, necesariamente será, en primer lugar a partir de él y también para él, que reflexionarán y trabajarán. El desarrollo histórico y las necesidades concretas del pueblo al que sirve condicionan y orientan la Universidad en su tarea, en la medida en que le señalan aquellos problemas más urgentes para los cuales se espera esa iluminación respuesta. Más aún, este servicio a la comunidad histórica concreta, de la cual la Universidad nace, es fundamento de su unidad, exigencia que permanentemente estimula la coordinación de sus múltiples que-

haceres, todos ellos tan atrayentes y útiles que, de no mediar la necesidad de hacerlos confluir en esta respuesta a las necesidades vitales de un pueblo, correrían peligro de permanecer parcializados.”

En este texto se hacen presentes los grandes temas que definen la visión que en relación a la educación universitaria tendrá el Cardenal, la cual se deriva tanto de las mutaciones culturales vividas por la Iglesia, como de las transformaciones y flujos culturales que ha vivido la sociedad chilena durante el presente siglo.

La visión sostenida por el Cardenal Raúl Silva Henríquez en torno al vínculo entre Cultura y Universidad, desde los inicios de su acción como sacerdote y luego como Obispo, está relacionada con las transformaciones de la Iglesia chilena y latinoamericana en lo que respecta a la percepción que ésta va conformando en relación a los lazos entre cambio social y cultura. Desde una visión centrada en la dinámica de los procesos de promoción social, a través del logro del desarrollo socioeconómico equitativo, hacia otra visión centrada en la Universidad como agente evangelizador de la cultura, que la caracteriza como una instancia de inculturación de los valores católicos en el actual contexto latinoamericano de redemocratización.

Del texto anteriormente citado se perciben claramente los ejes que, en el pensamiento del Cardenal, definen su visión de la Iglesia Católica latinoamericana, entendida como:

- un espacio de crítica y contribución a las estrategias de desarrollo, y como
- un agente evangelizador de la cultura.

Ambos imperativos, van relacionándose en su pensamiento de manera creativa e interdependientes.

Se critica y contribuye al desarrollo, en tanto se confía en la evolución inevitable de la sociedad chilena hacia un tipo de desarrollo que no implica necesariamente encapsularse en el ámbito del progreso económico, entendiendo por desarrollo, la evolución de todo el ser humano desde su cultura y hacia la trascendencia.

Al comprender a la Universidad como un agente evangelizador de la cultura, el Cardenal está entendiéndola como una dimensión de la Iglesia, en la cual la cultura excede el ámbito del “acuerdo a fines”¹, es así como asumiendo la densidad teológica que cada contexto sociocultural involucra, el Cardenal ve en la evangelización de la cultura una posibilidad para la institución universitaria católica, para definir su identidad desde los valores trascendentes de la fe católica, pero de cara a la especificidad histórica de cada contexto.

Valorando este paso desde la colaboración al desarrollo hacia la transformación axiológica como tareas de la Universidad Católica, creemos posible definir, desde el pensamiento del Cardenal, un camino para la institución universitaria católica en Chile, hoy.

En primer lugar vemos en las conferencias episcopales y los obispos locales las verdaderas instancias superiores de las universidades, en tanto sólo desde la guía directa de las jerarquías eclesiológicas locales, las universidades podrán contextualizar su praxis a las necesidades de su entorno, estableciendo el puente indispensable entre los lineamientos dados por el Vaticano y la realidad de los escenarios específicos donde la Universidad debe dar razón de su esperanza, en pos de las personas concretas.

La Universidad Católica debe mantener una opción preferencial por los pobres como la columna vertebral desde la cual “hacer Universi-

¹ Con esta frase estamos haciendo referencia a la distinción que el pensador alemán Max Weber hace entre la racionalidad de acuerdo a fines y la racionalidad de acuerdo a valores.

dad". Si esto no se considera, ello repercutirá en la transformación de la Universidad en un instrumento de reproducción de los grupos dominantes y sus privilegios. No basta para el Cardenal con tener presentes a los pobres en los procesos de investigación y reflexión, la Universidad debe rescatar la inteligencia presente en los alumnos de escasos recursos, en tanto su acceso real a las aulas representa la demostración concreta de la coherencia entre sus valores y su práctica, por parte de cualquier Universidad Católica en nuestro continente.

Según el pensamiento del Cardenal, se debe también desarrollar el vínculo entre reflexión académica y aporte a las problemáticas del desarrollo, sobre todo como instancia de crítica al costo social del modelo neoliberal.

Esta denuncia debe conllevar un aporte reflexivo de parte de la Universidad, superando el nivel de lo técnico y lo político, para constituirse en una denuncia de carácter básicamente ético.

Como cuarto elemento, la Universidad Católica debe entregar a sus alumnos una visión clara y tolerante de la diversidad sociocultural, fundamentada en investigación y docencia en estas temáticas, en tanto, para el Cardenal, el carácter dinámico de la cultura requiere de un permanente esfuerzo de investigación y reflexión.

La Cultura es para el Cardenal un fenómeno de particular complejidad, sin embargo la Universidad Católica Latinoamericana debe comprometerse en la comprensión de ésta como único modo concreto de asumir al prójimo desde su diversidad y su especificidad.

Como quinto elemento, pensamos que para el Cardenal es imprescindible contribuir al diálogo entre fe y cultura, entendiendo a la Universidad como la principal institución dedicada a la transmisión y reproducción de la alta cultura. En este sentido, la alta cultura involucra toda obra humana en la cual una civilización se compromete.

La Universidad no puede olvidar su rol como depositaria de las más altas expresiones culturales de una sociedad, por lo tanto, su aporte a la sociedad debe también situarse a largo plazo como depositaria del alma de una sociedad.

La Universidad Católica debe adherirse al esfuerzo de la Iglesia por el diálogo entre fe y razón en el entendido de que desde la alta cultura, como lugar privilegiado donde la razón se desarrolla, es posible construir una praxis universitaria coincidente con los principios de nuestra fe.

También creemos necesario destacar la necesidad percibida por el Cardenal de desarrollar las distintas Facultades en pos de estos principios, asignándole al Instituto Teológico la labor de desarrollar un “diálogo entre teología y saber humano”.

En la defensa de estos valores es importante resaltar que el Cardenal posee una inmensa consecuencia de principios con respecto a lo que él entiende por Universidad y por Universidad Católica, sustentado en el Concilio Vaticano II y en el Documento de Buga, pero tiene la capacidad de poner en acción estos principios en los distintos contextos históricos en que se maneja el país durante sus períodos de gobierno eclesiástico.

Vemos en el pensamiento del Cardenal el reflejo del análisis, y sus transformaciones, que la Iglesia, a través de su Doctrina Social, hace de América Latina, definiéndose respecto de la institución universitaria un giro desde el tema del cambio social a partir de la Universidad, hacia la concepción de la evangelización de la cultura desde una Universidad comprometida con la fuerza liberadora del evangelio.

Para nosotros, en ambas posturas existe un hilo conductor constituido por la existencia de un habitus o estilo de la Iglesia de abordar el tema universitario, el cual se encuentra en la teología más profunda de la cultura y también en la tradición de la educación católica latinoamericana.

americana. La coherencia es evidente en el esfuerzo por lograr una sociedad más justa desde los principios del evangelio, siendo las ciencias sociales un apoyo en el modo en que desde este habitus la Iglesia va redefinido su praxis universitaria.

Por tanto, para nosotros, el carácter profético del Cardenal consiste en ser capaz de asumir las transformaciones en la lectura que la Iglesia hace de la realidad, partiendo desde una lectura centrada en el cambio de las estructuras sociales, hacia otra centrada en el cambio cultural, sin que por ello abandone ese estilo suyo de hacer Universidad que es pensamiento y es acción.

RECOMENDACIONES PARA LA ACCIÓN DE NUESTRA UNIVERSIDAD DESDE EL PENSAMIENTO DEL CARDENAL

1. Continuar nuestro vínculo con la Conferencia Episcopal, en tanto es ésta nuestra auténtica instancia superior en el contexto nacional.
 2. Continuar con la opción preferencial por los pobres, en lo que respecta a nuestra llegada a los sectores principalmente de la clase media empobrecida.
 3. Desarrollar el vínculo entre reflexión académica y aporte a las problemáticas del desarrollo, sobre todo como instancia de crítica al costo social del modelo neoliberal.
 4. Entregar a nuestros alumnos una visión clara y tolerante de la diversidad socio-cultural fundamentada en investigación y docencia en estas temáticas, en tanto el carácter dinámico de la cultura requiere para el Cardenal de un permanente esfuerzo de investigación y reflexión.
 5. Contribuir al diálogo entre fe y cultura entendiendo a la Universidad como la principal institución dedicada a la transmisión y reproducción de la **alta cultura**.
 6. Adherirnos al esfuerzo de la Iglesia por el diálogo entre fe y razón en el entendido de que desde la alta cultura, como lugar privilegiado donde la razón se desarrolla, es posible construir una praxis universitaria coincidente con los principios de nuestra fe.
 7. Desarrollar las distintas Facultades en pos de estos principios asignándole al Instituto Teológico la labor de desarrollar un “diálogo entre teología y saber humano”.
-